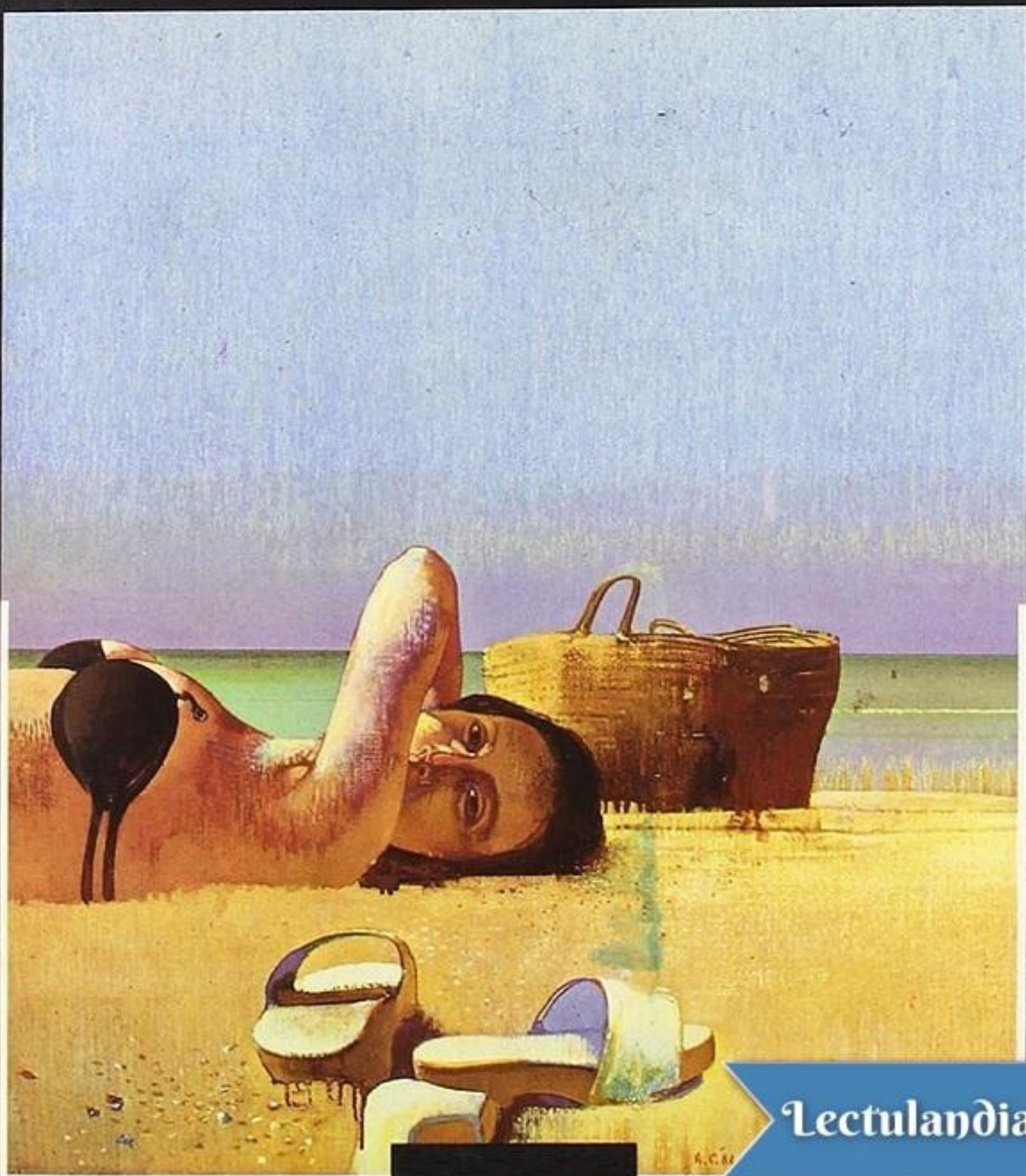


Françoise Sagan
BUENOS DIAS, TRISTEZA



Lectulandia

En una hermosa mansión a orillas del Mediterráneo, Cécile, una joven de diecisiete años, y su padre, viudo y cuarentón, pero alegre, frívolo y seductor como nadie, amante de las relaciones amorosas breves y sin consecuencias, viven felices, despreocupados, entregados a la vida fácil y placentera. No necesitan a nadie más, se bastan a sí mismos en una ociosa y disipada independencia basada en la complicidad y el respeto mutuo. Un día, la visita de Anne, una mujer inteligente, culta y serena, viene a perturbar aquel delicioso desorden. A la sombra del pinar que rodea la casa y filtra el sol abrasador del verano, un juego cruel se prepara. ¿Cómo alejar la amenaza que se cierne sobre la extraña pero armónica relación de Cécile con su padre? A partir del momento en que Anne, que había sido amiga de su madre, intenta adueñarse de la situación, Cécile librará con ella, con el perverso maquiavelismo de una adolescente, una lucha implacable que, a pesar suyo, erosionará su vida y la conducirá lentamente al encuentro de la tristeza.

Lectulandia

Françoise Sagan

Buenos días, tristeza

ePub r1.0

robe 14.02.14

Título original: *Bonjour tristesse*

Françoise Sagan, 1954

Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: robe

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Capítulo primero

A ese sentimiento desconocido cuyo tedio, cuya dulzura me obsesionan, dudo en darle el nombre, el hermoso y grave nombre de tristeza. Es un sentimiento tan total, tan egoísta, que casi me produce vergüenza, cuando la tristeza siempre me ha parecido honrosa. No la conocía, tan sólo el tedio, el pesar, más raramente el remordimiento. Hoy, algo me envuelve como una seda, inquietante y dulce, separándome de los demás.

Aquel verano yo tenía diecisiete años y era completamente feliz. Los «demás» eran mi padre y Elsa, su amante. Antes que nada quiero explicar esa situación, que puede parecer falsa. Mi padre tenía cuarenta años y era viudo desde hacía quince. Era un hombre todavía joven, lleno de vitalidad, de posibilidades, y, al salir yo del internado, dos años antes, no me costó entender que viviese con una mujer. Más difícil me resultó aceptar que tuviese una distinta ¡cada seis meses! Pero pronto su encanto, esa vida novedosa y fácil, y mi propia predisposición me hicieron adaptarme. Era un hombre despreocupado, hábil en los negocios, siempre curioso y enseguida cansado, que gustaba a las mujeres. Lo quise de inmediato, y de todo corazón, porque era bueno, generoso, alegre y cariñosísimo conmigo. No cabía imaginar mejor amigo ni más jovial. En los inicios de aquel verano extremó su amabilidad hasta preguntarme si la compañía de Elsa, su amante de turno, me importunaría durante las vacaciones. No pude por menos de animarle, pues sabía que necesitaba a las mujeres y que, por otra parte, Elsa no suponría estorbo alguno para nosotros. Era una chica alta y pelirroja, entre galante y mundana, que hacía de extra en los estudios y se exhibía en los bares de los Campos Elíseos. Era simpática, bastante simple y no tenía pretensiones serias. Además, demasiado contentos estábamos ambos de marcharnos como para poner la menor traba a lo que fuese. Mi padre había alquilado, en el Mediterráneo, una gran casa con jardín, blanca, apartada, preciosa, con la que soñábamos desde los primeros calores de junio. Se alzaba sobre un promontorio, dominando el mar, rodeada por un bosque de pinos que la ocultaba desde la carretera. Un sendero descendía hasta una cala dorada, bordeada de rocas rojizas, donde se mecía el mar.

Los primeros días fueron deslumbrantes. Pasábamos horas en la playa, achicharrados bajo el sol, bronceándonos poco a poco con un color sano y dorado, salvo Elsa, cuya piel se ponía roja y acababa pelándose entre tremendos dolores. Mi padre se dedicaba a complicados ejercicios con las piernas para eliminar un amago de barriga incompatible con sus condiciones de Don Juan. Tan pronto amanecía, me iba al agua, un agua fresca y límpida en la que me hundía, en la que me agotaba haciendo mil desordenados movimientos para purificarme de las sombras y el polvo de París. Me tumbaba después en la arena, cogía un puñado, lo dejaba escurrir entre los dedos

y la arena caía en una lluvia amarillenta y suave. Pensaba que se escapaba como el tiempo, que eso era una idea fácil y que resultaba grato tener ideas fáciles. Era el verano.

El sexto día vi a Cyril por primera vez. Iba costeando con una pequeña embarcación de vela y zozobró delante de nuestra cala. Le ayudé a recuperar sus cosas y, entre risas, me enteré de que se llamaba Cyril, era estudiante de derecho y pasaba las vacaciones con su madre en una casa cercana. Tenía un rostro latino, muy moreno, muy abierto, con algo equilibrado, protector, que me gustó. Con todo, yo huía de esos estudiantes universitarios, brutales, preocupados por sí mismos, sobre todo por su juventud, en la que encontraban tema para un drama o pretexto para su hastío. Prefería con mucho a los amigos de mi padre, cuarentones que me hablaban con cortesía y cariño, me trataban con dulzura de padres y amantes. Pero Cyril me gustó. Era alto y a ratos guapo, de una belleza que inspiraba confianza. Sin compartir con mi padre esa aversión por la fealdad que nos llevaba con frecuencia a alternar con gente estúpida, yo experimentaba frente a las personas desprovistas de todo encanto físico una especie de apuro, de vacío; esa resignación de algunos a no agradar se me antojaba una tara deshonrosa. Porque, ¿qué buscábamos, sino agradar? Todavía no sé hoy si ese afán de conquista no oculta un exceso de vitalidad, un deseo de dominio o la necesidad furtiva, inconfesada, de sentirse seguro de sí mismo, amparado.

Cyril, al despedirse, me ofreció enseñarme a navegar a vela.

Regresé a cenar, sin poderlo apartar de mi pensamiento, y no participé, o muy poco, en la conversación; apenas reparé en lo nervioso que estaba mi padre. Después de cenar nos tumbamos en unas hamacas, en la terraza, como todas las noches. El cielo estaba cuajado de estrellas. Yo las miraba, esperando vagamente que se desprendieran y comenzasen a surcar el cielo en su caída. Pero sólo estábamos a principios de julio y no se movían. En la grava de la terraza cantaban las cigarras. Debían de ser miles, y estar ebrias de calor y de luna para lanzar ese estridente grito durante noches enteras. Me habían explicado que se limitaban a frotar los élitros, pero prefería creer en aquel canto gutural, instintivo, como el de los gatos en celo. Se estaba bien. Tan sólo unos granitos de arena entre la piel y la camisa me impedían sucumbir a los suaves embates del sueño. Fue entonces cuando mi padre carraspeó y se incorporó en la hamaca.

—Tengo que anunciaros que va a llegar alguien —dijo.

Cerré los ojos con desesperación. ¡Tanta tranquilidad no podía durar!

—Vamos, dinos quién —gritó Elsa, siempre ávida de cosas mundanas.

—Anne Larsen —dijo mi padre, y se volvió hacia mí.

Le devolví la mirada, demasiado atónita para reaccionar.

—Le dije que viniera si se sentía demasiado cansada con las colecciones y... va a venir.

Nunca se me hubiera ocurrido. Anne Larsen era una antigua amiga de mi pobre madre y tenía escaso trato con mi padre. Sin embargo, dos años atrás, al salir yo del internado, mi padre, que no sabía qué hacer conmigo, me había enviado a vivir con ella. Y ella, en una semana, me había vestido con gusto y me había enseñado a vivir. Despertó en mí una admiración apasionada que supo encauzar hábilmente hacia un joven de su círculo habitual. Le debía, pues, mis primeras elegancias y mis primeros amores, y le estaba muy agradecida. A los cuarenta y dos años era una mujer muy seductora y solicitada, con un hermoso rostro altivo y hastiado, lleno de indiferencia. Esa indiferencia era lo único que podía reprochársele. Era amable y distante. Todo en ella denotaba una voluntad constante, una serenidad de ánimo que intimidaba. Con ser divorciada y libre, no se le conocía ningún amante. Además, no teníamos las mismas relaciones: ella alternaba con gente fina, inteligente, discreta, y nosotros con gente bulliciosa, sedienta, a quien mi padre sólo exigía que fuese guapa y divertida. Creo que nos despreciaba un poco a mi padre y a mí por nuestra afición a las diversiones y trivialidades, como despreciaba todo exceso. Sólo nos reunían algunas cenas de negocios —ella se dedicaba a la costura y mi padre a la publicidad—, el recuerdo de mi madre y mis esfuerzos, pues aunque ella me intimidaba la admiraba mucho. En definitiva, aquella súbita llegada sólo podía ser un contratiempo si se pensaba en la presencia de Elsa y en las ideas de Anne sobre la educación.

Elsa subió a acostarse tras formular una multitud de preguntas sobre la situación social de Anne. Yo me quedé a solas con mi padre y me senté en los escalones, a sus pies. Él se inclinó y apoyó las dos manos en mis hombros.

—¿Por qué eres tan desgarbada, mi amor? Pareces un gatito salvaje. Me gustaría tener una hija guapa y rubia, un poco llenita, con ojos de porcelana y...

—No es ese el caso —dije—. ¿Por qué has invitado a Anne? Y ella, ¿por qué ha aceptado?

—Tal vez para ver a tu viejo padre. Nunca se sabe.

—No eres el tipo de hombre que pueda interesar a Anne. Es demasiado inteligente y se respeta demasiado a sí misma. ¿Y Elsa? ¿Has pensado en Elsa? ¿Te imaginas las conversaciones entre Anne y Elsa? Yo no.

—No se me había ocurrido —confesó—. Lo cierto es que me asusta un poco. Cécile, mi vida, ¿y si nos volvemos a París?

Rio despacito acariciándome la nuca. Me volví y lo miré. Le brillaban los ojos oscuros, con graciosas arruguillas que acentuaban las comisuras, y encogía levemente la boca. Parecía un fauno. Me eché a reír con él, como cada vez que se buscaba complicaciones.

—Mi viejo cómplice —dijo—. ¿Qué haría yo sin ti?

Y tan convencido, tan tierno era su tono de voz que comprendí que de veras habría sido desgraciado sin mí. Hasta entrada la noche, hablamos del amor y de sus

complicaciones. A los ojos de mi padre, estas eran imaginarias. Rechazaba por sistema las nociones de fidelidad, de seriedad, de compromiso. Me explicó que eran arbitrarias, estériles. En otra persona tales opiniones me hubieran desagradado. Pero sabía que, en su caso, ello no excluía ni la ternura ni la devoción, sentimientos a los que se entregaba con mayor facilidad de la que quisiera, máxime por estimarlos provisionales. Ese concepto de las cosas me seducía: amores rápidos, violentos y pasajeros. A mi edad no seduce mucho la fidelidad. Sabía muy poco todavía del amor: citas, besos y hastíos.

Capítulo segundo

Ane tardaría todavía una semana en llegar. Aproveché aquellos últimos días de auténticas vacaciones. Habíamos alquilado la casa por dos meses, pero sabía que en cuanto llegara Anne sería imposible relajarse por completo. Ella confería a las cosas una dimensión, un sentido a las palabras a los que mi padre y yo renunciábamos gustosos. Marcaba las normas del buen gusto, de la delicadeza, y era imposible no percibir las en sus bruscas reservas, sus silencios ofendidos, sus expresiones. Resultaba a un tiempo excitante y fatigoso, humillante en definitiva, porque me daba cuenta de que ella tenía razón.

El día de su llegada quedó decidido que mi padre y Elsa irían a esperarla a la estación de Fréjus. Me negué enérgicamente a participar en la expedición. Mi padre, para compensar mi ausencia, cortó todos los gladiolos del jardín para ofrecérselos en cuanto se apease del tren. Me limité a aconsejarle que no dejara que Elsa le ofreciera el ramo. A las tres, cuando se marcharon, bajé a la playa. Hacía un calor sofocante. Me tumbé en la arena y me adormecí, hasta que me despertó la voz de Cyril. Abrí los ojos: el cielo estaba blanco por efectos del calor. No contesté a Cyril. No me apetecía hablar ni con él ni con nadie. Me tenía aplastada contra la arena toda la fuerza del verano, notaba los brazos pesados, la boca seca.

—¿Estás muerta? —dijo—. De lejos, pareces un naufrago abandonado...

Sonreí. Se sentó a mi lado y el corazón empezó a latirme con fuerza, sordamente, porque, al moverse, me había rozado el hombro con la mano. Diez veces, durante la última semana, mis brillantes maniobras navales nos habían precipitado al fondo del agua, enlazado al uno con el otro sin que la cosa me turbase en lo más mínimo. Pero hoy bastaba ese calor, ese letargo, la torpeza de ese gesto, para que algo se desgarrase en mí suavemente. Volví la cabeza hacia él. Me miraba. Empezaba a conocerlo: era equilibrado, más virtuoso tal vez que lo habitual a su edad. Por ejemplo, nuestra situación —una curiosa familia de tres— le chocaba. Era demasiado bueno o demasiado tímido para decírmelo, pero lo notaba en las miradas de reojo, rencorosas, que le lanzaba a mi padre. Le hubiera gustado que aquello me atormentase. Pero no era así. Lo único que me atormentaba en aquel momento era su mirada y el martilleo de mi corazón. Se inclinó hacia mí. Desfilieron por mi mente los últimos días de aquella semana, mi confianza, mi tranquilidad a su lado, y me desagradó que aquella boca larga y un poco gruesa se me aproximara.

—Cyril —dije—, éramos tan felices...

Me besó dulcemente. Miré al cielo. Luego, no vi ya más que luces rojas que estallaban bajo mis párpados apretados. El calor, el aturdimiento, el sabor de los primeros besos, los suspiros duraron largos minutos. Un bocinazo nos separó como ladrones. Dejé a Cyril sin decir una palabra y subí hacia la casa. Tan rápido regreso

me extrañaba: el tren de Anne no debía de haber llegado todavía. Sin embargo, me la encontré en la terraza, bajando de su coche.

—Esta es la casa de la Bella Durmiente —dijo—. ¡Qué morena estás, Cécile! Me alegro de verte.

—Yo también. Pero ¿llegas de París?

—He preferido venir en coche. Eso sí, estoy rendida.

La acompañé a su habitación. Abrí la ventana con la esperanza de ver el barquito de Cyril, pero había desaparecido. Anne se había sentado en la cama. Advertí los pequeños cercos oscuros en torno a sus ojos.

—Este chalet es precioso —suspiró—. ¿Dónde está el dueño de la casa?

—Ha ido a buscarte a la estación con Elsa.

Había dejado la maleta en una silla y, al volverme hacia ella, me llevé un sobresalto. Su rostro se había descompuesto bruscamente y le temblaba la boca.

—¿Elsa Mackenbourg? ¿Ha traído aquí a Elsa Mackenbourg?

No supe qué contestar. La miré estupefacta. Aquel rostro, que siempre había visto tan tranquilo, tan sereno, desamparado de pronto ante mí... Me miraba a través de las imágenes que mis palabras habían evocado en ella. Por fin me vio y volvió la cabeza, a otro lado.

—Debería haberos avisado —dijo—, pero tenía tantas ganas de salir, estaba tan cansada...

—Y ahora... —continué maquinalmente.

—Ahora ¿qué? —dijo.

Su mirada era interrogadora, despectiva. No había ocurrido nada.

—Ahora has llegado —dije tontamente frotándome las manos—. Me alegro mucho de que estés aquí, ¿sabes? Te espero abajo. Si quieres tomar algo, el bar está bien surtido.

Salí balbuceando y bajé la escalera totalmente desconcertada. ¿Por qué esa cara, esa voz alterada, ese desasosiego? Me senté en una tumbona y cerré los ojos. Intenté evocar todos los rostros duros, reconfortantes de Anne: la ironía, el aplomo, la autoridad. El descubrir aquel rostro vulnerable me conmovía e irritaba a un tiempo. ¿Estaría ella enamorada de mi padre? ¿Era posible que lo quisiera? Nada de mi padre coincidía con sus gustos. Era débil, frívolo, pasivo a ratos. ¿Podía tal vez deberse tan sólo al cansancio del viaje, a la indignación moral? Me pasé una hora haciendo conjeturas.

A las cinco llegó mi padre con Elsa. Lo miré apearse del coche. Intenté saber si Anne podía quererlo. Caminaba hacia mí, la cabeza un poco echada hacia atrás, con prisa. Pensé que era muy posible que Anne le quisiese, que cualquiera le quisiese.

—¡No estaba Anne! —me gritó—. Espero que no se haya caído del tren.

—Está en su habitación. Ha venido en coche.

—¿De veras? ¡Estupendo! Pues súbele el ramo.

—¿Me habías comprado flores? —se oyó la voz de Anne—. Qué amable.

Bajaba por la escalera a su encuentro, relajada, sonriente, con un vestido que no parecía haber viajado. Pensé con tristeza que no había bajado hasta oír el coche y que habría podido hacerlo un poco antes, para hablar conmigo. Aunque sólo fuese de mi examen, que por lo demás no había aprobado. El pensar esto último me consoló.

Mi padre corrió a su encuentro, le besó la mano.

—Me he pasado un cuarto de hora en el andén sosteniendo este ramo con una sonrisa estúpida. Gracias a Dios, estás aquí. ¿Conoces a Elsa Mackenbourg?

Miré hacia otro lado.

—Seguro que nos hemos visto en algún sitio... —dijo Anne, muy amable—. Tengo una habitación magnífica, has sido muy amable invitándome, Raymond, estaba muy cansada.

Mi padre se animaba. A sus ojos, todo iba bien. Se puso ingenioso y empezó a descorchar botellas. Pero a mí se me aparecían uno tras otro el rostro apasionado de Cyril y el de Anne, marcados ambos por la violencia, y me preguntaba si las vacaciones serían tan sencillas como aseguraba mi padre.

Aquella primera cena fue muy alegre. Mi padre y Anne hablaban de sus amistades comunes, que eran escasas pero pintorescas. Me lo pasé muy bien hasta el momento en que Anne declaró que el socio de mi padre era microcéfalo. Era un hombre que bebía mucho, pero era simpático y con él mi padre y yo habíamos disfrutado de cenas memorables.

—Lombard es gracioso, Anne —protesté—. Tiene momentos muy divertidos.

—No me negarás que aun así deja bastante que desear, e incluso su humor...

—Puede que no tenga un tipo de inteligencia corriente, pero...

Me cortó con tono indulgente:

—Confundes tipos de inteligencia con edades de la inteligencia.

Me encantó el tono lapidario de su fórmula. Ciertas frases desprenden para mí un aura intelectual, sutil, que me subyuga, por más que no las comprenda del todo. Sentí no tener una agenda y un lápiz para anotar aquella. Se lo dije a Anne. Mi padre se echó a reír:

—Por lo menos no eres rencorosa.

No podía serlo, porque Anne no tenía mala intención. La notaba demasiado indiferente, sus juicios no tenían esa precisión, ese aspecto acerado de la maldad. Lo que los hacía todavía más abrumadores.

Aquella primera noche Anne no pareció reparar en la distracción, voluntaria o no, de Elsa, que entró directamente en la habitación de mi padre. Me había traído un jersey de su colección, pero no me dejó darle las gracias. Las frases de agradecimiento la molestaban y, como las mías no estaban nunca a la altura de mi

entusiasmo, no insistí.

—Me parece muy simpática esa Elsa —dijo, antes de que yo me fuera.

Me miraba directamente a los ojos, sin sonreír, buscando en mí una idea que le importaba destruir. Quería que olvidase su reacción de hacía un rato.

—Sí, sí, es una chica... estupenda..., muy simpática.

Se echó a reír al verme balbucear y me fui a la cama muy nerviosa. Me dormí pensando en Cyril, que tal vez estaba bailando en Cannes con otras chicas.

Me estoy dando cuenta de que olvido, de que me veo obligada a olvidar lo principal: la presencia del mar, su ritmo incesante, el sol. No puedo recordar tampoco los cuatro tilos en el patio de una pensión de provincias, su perfume; ni la sonrisa de mi padre en el andén, tres años antes de salir yo del pensionado, esa sonrisa apurada porque llevaba trenzas y un feo vestido casi negro. Y en el coche, su explosión de alegría, súbita, triunfante, porque yo tenía sus ojos, su boca, e iba a ser para él el más caro, el más maravilloso de los juguetes. Yo no conocía nada. Él iba a enseñarme París, el lujo, la vida fácil. Estoy convencida de que la mayor parte de mis placeres de entonces se los debí al dinero: el placer de la velocidad en coche, de tener un vestido nuevo, de comprar discos, libros, flores. No me avergüenzan todavía esos placeres fáciles, y, además, si los llamo así es porque he oído decir que lo son. Lamentaría, renegaría más fácilmente de mis penas o de mis crisis místicas. El amor al placer, a la felicidad, representa el único aspecto coherente de mi carácter. Puede que no haya leído lo suficiente. En el internado no se leen más que obras edificantes. En París no tuve tiempo para leer: al salir de clase, mis amigos me arrastraban a los cines. No conocía los nombres de los actores y eso les sorprendía. O a las terrazas de los cafés al sol. Saboreaba el placer de mezclarme con la multitud, de beber, de estar con alguien que te mira a los ojos, te coge la mano y luego te lleva lejos de esa misma multitud. Caminábamos por las calles hasta llegar a mi casa. Allí él me llevaba detrás de una puerta y me besaba: descubría el placer de los besos. No pongo nombre a esos recuerdos: Jean, Hubert, Jacques... Nombres conocidos por todas las jovencitas. Por la noche, me volvía adulta, acudía con mi padre a fiestas donde no tenía nada que hacer, fiestas bastante variopintas donde me divertía y donde, por mi edad, divertía también a los demás. Cuando regresábamos, mi padre me dejaba en casa y casi siempre iba a acompañar a una amiga. No le oía volver.

No quiero dar a entender que hiciera ostentación de sus aventuras. Se limitaba a no ocultármelas, más exactamente a no disculparse con decentes o falsas justificaciones por la frecuencia con que una amiga comía en casa o acababa instalándose... ¡por fortuna, provisionalmente! En cualquier caso, yo no habría podido ignorar durante mucho tiempo la naturaleza de sus relaciones con sus «invitadas» y él sin duda quería conservar mi confianza, porque así se evitaba además penosos esfuerzos de imaginación. Era un excelente cálculo. Su único defecto fue que

durante algún tiempo me inspiró un desenfadado cinismo sobre las cosas del amor que, habida cuenta de mi edad y experiencia, debía de parecer más gracioso que impresionante. Solía repetirme a mí misma fórmulas lapidarias, la de Oscar Wilde, entre otras: «El pecado es la única nota viva de color que subsiste en el mundo moderno». La hacía mía con absoluta convicción, con mucha mayor seguridad, imagino, que si la hubiera llevado a la práctica. Estaba convencida de que mi vida podría adaptarse a esa frase, inspirarse en ella, brotar de ella cual una imagen perversa: olvidaba las horas muertas, la discontinuidad y los buenos sentimientos cotidianos. Idealmente, proyectaba una vida de abyección y libertinaje.

Capítulo tercero

A la mañana siguiente me despertó un oblicuo y cálido rayo de sol que inundó mi cama y puso fin a los sueños raros y un tanto confusos en los que me debatía. En duermeverla, intenté apartar de la cara, con la mano, aquel calor insistente, pero renuncié. Eran las diez. Bajé en pijama a la terraza y allí me encontré con Anne, que estaba hojeando los periódicos. Noté que estaba leve pero perfectamente maquillada. No debía de concederse nunca auténticas vacaciones. Como no me prestaba atención, me acomodé tranquilamente en un escalón con una taza de café y una naranja e inicié las delicias de la mañana: mordía la naranja y brotaba un zumo azucarado en mi boca. Inmediatamente, un sorbo de café negro y ardiente, y de nuevo el frescor del fruto. El sol de la mañana me calentaba el pelo, borraba de mi rostro las huellas de la almohada. Pasados cinco minutos, iría a bañarme. Me sobresaltó la voz de Anne:

—¿No comes, Cécile?

—Por la mañana prefiero beber, porque...

—Deberías engordar tres kilos para estar presentable. Tienes las mejillas hundidas y se te marcan las costillas. Ve a buscar pan con mantequilla.

Le supliqué que no me obligase, y se disponía a demostrarme que era indispensable cuando apareció mi padre con su suntuoso batín de lunares.

—Qué delicioso espectáculo —dijo—. Dos niñas tostándose al sol y hablando del pan con mantequilla.

—Niña sólo hay una, por desgracia —dijo Anne riendo—. Que yo tengo tu edad, Raymond.

Mi padre se inclinó y le cogió la mano.

—Siempre tan mala —dijo tiernamente, y vi que a Anne le temblaban los párpados, como si hubiese recibido una caricia imprevista.

Aproveché para escabullirme. En la escalera me crucé con Elsa. Era evidente que salía de la cama, con los párpados hinchados y los labios pálidos en el rostro enrojecido por el sol. Estuve a punto de pararla, de decirle que Anne estaba abajo con su cara maquillada y pulcra, dispuesta a broncearse sin riesgos, comedidamente. Estuve a punto de advertirle. Pero podía tomárselo a mal: tenía veintinueve años, trece menos que Anne, y eso le parecía una baza definitiva.

Tomé mi traje de baño y corrí a la cala. Para mi sorpresa, ya estaba allí Cyril, sentado en su barco. Vino a mi encuentro, muy serio, y me tomó las manos.

—Quería pedirte perdón por lo de ayer —dijo.

—Fue culpa mía —atajé.

No me sentía en absoluto ofendida y me sorprendía su aire solemne.

—No sé lo que me haría —añadió empujando la embarcación al mar.

—No tienes por qué —dije alegremente.

¡Sí!

Me había metido ya en la embarcación. Él estaba de pie con el agua hasta las rodillas, apoyado con ambas manos en la borda como en el estrado de un tribunal. Comprendí que no subiría hasta que hablásemos y lo miré con la atención necesaria. Conocía bien su cara, y no me engañaba. Pensé que tenía veinticinco años, que quizá se tomaba por un corruptor, y eso me dio risa.

—No te rías —dijo—. Sé que hice muy mal ayer, ¿sabes? No hay nada que te defienda contra mí. Tu padre, esa mujer, el ejemplo... Aunque fuera un cerdo redomado, daría lo mismo, me creerías igual...

Ni siquiera resultaba ridículo. Notaba que era bueno y estaba dispuesto a quererme; que a mí me gustaría quererle. Le eché los brazos al cuello y pegué mi mejilla a la suya. Era ancho de hombros y su cuerpo duro se apretaba contra el mío.

—Qué simpático eres, Cyril —murmuré—. Vas a ser como un hermano para mí.

Me rodeó con los brazos dejando escapar una pequeña exclamación de enfado y me separó suavemente del barco. Me tenía apretada contra él, alzada, la cabeza apoyada en su hombro. En aquel momento le quería. Bañado por la luz de la mañana, tan dorado, tan simpático, tan dulce como yo, me protegía. Cuando su boca buscó la mía, me puse a temblar de placer como él, y no hubo en nuestro beso remordimiento ni vergüenza, sólo una profunda búsqueda, salpicada de murmullos. Me solté y nadé hacia el barco, que marchaba a la deriva. Hundí la cara en el agua, para recomponerla, refrescarla... El agua estaba verde. Notaba que me inundaba una felicidad, una despreocupación perfecta.

A las once y media, Cyril se marchó y aparecieron mi padre y sus mujeres por el sendero. Mi padre caminaba entre ambas, sujetándolas, tendiéndoles sucesivamente la mano con esa solicitud y naturalidad que le eran tan propias. Anne seguía llevando el albornoz: se lo quitó tranquilamente, ante nuestras miradas observadoras, y se tumbó. Esbelta de cintura, de piernas perfectas, sólo podía reprochársele alguna leve estría en la piel, resultado sin duda de años de constantes cuidados y atenciones. Dirigí maquinalmente a mi padre una mirada aprobadora, arqueando una ceja. Para mi sorpresa, no me la devolvió y cerró los ojos. La pobre Elsa, que estaba hecha una lástima, se embadurnaba con aceite. No le di ni una semana a mi padre para... Anne volvió la cabeza hacia mí:

—Cécile, ¿cómo es que aquí te levantas tan pronto? En París te quedabas en la cama hasta las doce.

—Allí tenía trabajo —dije—. Acababa agotada.

No sonrió: sólo sonreía cuando le apetecía, nunca por cumplir, como todo el mundo.

—¿Y tu examen?

—Suspendido —dije con vehemencia—. ¡Y bien suspendido!

—Tienes que aprobarlo en octubre, necesariamente.

—¿Para qué? —intervino mi padre—. Yo nunca he tenido ningún título. Y llevo una vida fastuosa.

—Tú tenías cierta fortuna cuando empezaste —recordó Anne.

—Mi hija siempre encontrará hombres que la mantengan —dijo mi padre noblemente.

Elsa se echó a reír y se interrumpió al ver que la mirábamos los tres.

—Tiene que trabajar estas vacaciones —dijo Anne, cerrando los ojos para dar por zanjada la conversación.

Dirigí una mirada de angustia a mi padre. Me contestó con una sonrisilla apurada. Me vi ante las páginas de Bergson con aquellos renglones negros que me bailaban y la risa de Cyril abajo... La idea me espantó. Me arrastré hasta Anne, la llamé en voz baja. Abrió los ojos. Incliné hacia ella un rostro inquieto, suplicante, sorbiéndome un poco las mejillas para dar una imagen de intelectual agotada.

—Anne —dije—, no irás a hacerme eso, obligarme a trabajar con semejantes calores... con lo bien que podrían sentarme estas vacaciones...

Me miró con fijeza un instante, y sonrió misteriosamente volviendo la cabeza a otro lado.

—Tengo que hacerte «eso»..., incluso con estos calores, como tú dices. Sólo me lo reprocharás durante un par de días, conociéndote como te conozco, y aprobarás el examen.

—Hay cosas a las que no se hace una —dije muy seria.

Me lanzó una mirada divertida e insolente y me volví a tumbar en la arena, inquietísima. Elsa peroraba sobre las fiestas de la costa. Pero mi padre no la escuchaba: situado en el vértice del triángulo que formaban sus cuerpos, dirigía al perfil de Anne, a sus hombros, miradas un poco fijas, impávidas, que yo reconocía. Su mano se abría y cerraba sobre la arena con un movimiento suave, regular, incansable. Corrí hacia el mar, y me zambullí gimiendo sobre las vacaciones que hubiéramos podido tener, que no tendríamos. Teníamos todos los elementos de un drama: un seductor, una mujer galante y una mujer juiciosa. Divisé en el fondo del mar una preciosa concha, una piedra rosada y azul. Hundí el brazo para cogerla, la conservé, suavcita y pulida, en la mano hasta la hora de comer. Decidí que era un talismán, que no me separaría de ella en todo el verano. No sé por qué no la he perdido, yo, que lo pierdo todo. Hoy la tengo en la mano, rosada y tibia, y me entran ganas de llorar.

Capítulo cuarto

Lo que más me sorprendió, en los días siguientes, fue lo sumamente amable que estuvo Anne con Elsa. No replicó nunca a las numerosas tonterías que abundaban en la conversación de esta, con una de esas frases breves cuyo secreto poseía y que hubieran puesto a la pobre Elsa en ridículo. Yo aplaudía para mis adentros su paciencia y generosidad, sin reparar en la habilidad que ello implicaba. Mi padre no habría tardado en cansarse de aquel juegucillo feroz. Así, en cambio, le estaba agradecido y no sabía qué hacer para demostrárselo. Tal agradecimiento no era por lo demás sino un pretexto. Le hablaba, desde luego, como a una mujer muy respetada, como a una segunda madre de su hija: utilizaba incluso esa carta para que en todo momento pareciera que me confiaba a la protección de Anne, que la hacía un poco responsable de mí, con la intención de acercársela más, de vincularla más estrechamente a nosotros. Pero tenía con ella miradas, gestos, que se dirigen a la mujer quien todavía no se conoce y que se desea conocer. En el placer, claro. Las mismas miradas que sorprendía yo a ratos en Cyril y que despertaban en mí ganas de huir de él y a la vez de provocarlo. Yo debía de ser en ese punto más influenciable que Anne, quien mostraba con mi padre una indiferencia, una serena amabilidad que me tranquilizaban. Llegué a creer que me había equivocado el primer día, pues no veía que esa inequívoca amabilidad excitara a mi padre. Sobre todo sus silencios..., esos silencios tan naturales, tan elegantes. Eran como la antítesis de la incesante cháchara de Elsa, como el sol y la sombra. Pobre Elsa..., no se daba cuenta de nada, seguía exuberante y agitada, con la cara ajada por el sol.

Un día, sin embargo, debió de notar algo, de interceptar una mirada de mi padre. La vi murmurarle algo al oído antes de comer. Durante un instante, mi padre pareció disgustado, sorprendido, pero al final asintió sonriendo. Tras tomar el café, Elsa se levantó y, al llegar a la puerta, se volvió hacia nosotros con expresión lánguida, inspirada, según me pareció, en el cine americano, e imprimiendo a su entonación diez años de galantería francesa, inquirió:

—¿Vienes, Raymond?

Mi padre se levantó, casi ruboroso, y fue tras ella al tiempo que ensalzaba las virtudes de la siesta. Anne no se movió. El cigarrillo le humeaba en los dedos. Me sentí obligada a decir algo:

—La gente dice que la siesta descansa mucho, pero a mí no me lo parece...

Me interrumpí de inmediato, consciente de lo equívoco de mi frase.

—Por favor —dijo Anne secamente.

No hubo en su tono el menor equívoco. Enseguida había visto en mi frase una broma de mal gusto. Tenía un rostro deliberadamente sereno y relajado que me emocionó. Tal vez, en aquel momento, envidaba apasionadamente a Elsa. Para

consolarla, me vino a la mente una idea cínica, que me encantó como todas las ideas cínicas que se me ocurrían: me daban una especie de aplomo, de embriagadora complicidad conmigo misma. No pude por menos de expresarla en voz alta:

—Te diré que, con las insolaciones de Elsa, ese tipo de siesta no será muy excitante para ninguno de los dos.

Más me hubiera valido callarme.

—Aborrezco ese tipo de reflexiones —dijo Anne—. A tu edad, más que estúpido, resulta penoso.

Me irrité bruscamente:

—Sólo lo decía en broma, lo siento. Ya sé que en el fondo estarán muy contentos.

Se volvió hacia mí con expresión hastiada. Me disculpé de inmediato. Tornó a cerrar los ojos y empezó a hablar con voz queda, paciente:

—Te haces una idea un poco simplista del amor. No consiste en una serie de sensaciones independientes entre sí...

Pensé que así habían sido todos mis amores. Una emoción súbita ante un rostro, un gesto, un beso... Instantes plenos, sin coherencia, a eso se reducía todo mi recuerdo.

—Es otra cosa —decía Anne—. Un cariño constante, la dulzura, la añoranza... Cosas que tú no puedes entender.

Hizo un gesto evasivo con la mano y cogió un periódico. Me hubiera gustado que se enfadase, que abandonara aquella resignada indiferencia ante mi carencia sentimental. Pensé que tenía razón, que yo vivía como un animal, a merced de los demás, que era pobre y débil.

Me desprecié y ello me resultó especialmente duro porque no estaba acostumbrada a hacerlo. Rara vez me juzgaba a mí misma, ni para bien ni para mal. Subí a mi cuarto y me sumí en la ensoñación. Las sábanas estaban tibias debajo de mí, seguía oyendo las palabras de Anne: «Es otra cosa, es una añoranza». ¿Había añorado yo alguna vez a alguien?

No recuerdo los incidentes de aquellos quince días. Como ya he dicho, no quería ver nada concreto, amenazante. De lo que vino después hasta el final de las vacaciones, por supuesto, me acuerdo con toda exactitud pues dediqué a ello toda mi atención, todas mis posibilidades. Pero aquellas tres semanas, aquellas tres semanas felices en definitiva... ¿Qué día miró mi padre ostensiblemente la boca de Anne, o le reprochó en voz alta su indiferencia fingiendo reír? ¿Cuándo comparó sin sonreír su sutileza con la simpleza de Elsa? Mi tranquilidad descansaba en la idea estúpida de que se conocían desde hacía quince años y en que si hubieran tenido que quererse, habrían empezado a quererse mucho antes. «Y», pensaba para mí, «si ha de ocurrir, a mi padre el enamoramiento le durará tres meses y Anne conservará de todo ello algunos recuerdos apasionados y un poco de humillación». ¿Ignoraba acaso que Anne

no era la típica mujer a la que se puede abandonar por las buenas? Pero estaba allí Cyril y él me bastaba para llenar mis pensamientos. Íbamos con frecuencia a las *boîtes* de Saint-Tropez, bailábamos al ritmo de un transido clarinete, musitándonos palabras de amor que olvidaba al día siguiente, pero que sonaban dulcísimas la misma noche. Durante el día, navegábamos a vela por la costa. A veces nos acompañaba mi padre. Tenía en gran estima a Cyril, sobre todo desde que este último le había dejado ganar una carrera de crol. Le llamaba con un diminutivo afectuoso, Cyril se dirigía a él como «señor», y yo me preguntaba cuál de los dos era el adulto.

Una tarde fuimos a tomar té a casa de la madre de Cyril. Era una anciana apacible y sonriente que nos habló de sus dificultades de viuda y de madre. Mi padre se identificó con ella y, mientras dirigía a Anne miradas de gratitud, felicitó repetidas veces a la señora. Debo confesar que nunca temían perder el tiempo. Anne contemplaba el espectáculo esgrimiendo una amable sonrisa. A la vuelta, declaró que la señora era encantadora. Yo prorrumpí en imprecaciones contra esa clase de ancianas.

Ambos se volvieron hacia mí con una sonrisa indulgente y divertida que me sacó de mis casillas:

—No os dais cuenta de que está satisfecha de sí misma —grité—. De que se enorgullece de su vida porque tiene la sensación de haber cumplido con su deber y...

—Y es así —dijo Anne—. Ha cumplido con sus deberes de madre y de esposa, como suele decirse...

—¿Y con su deber de puta? —dije.

—Me desagradan las groserías —replicó Anne—, aunque sean paradójicas.

—Si no hay ninguna paradoja. Se casó como se casa todo el mundo, por deseo o porque toca hacerlo. Tuvo un hijo, ¿ya sabes cómo vienen los hijos?

—Supongo que menos que tú —ironizó Anne—, pero alguna noción tengo.

—Bien, pues educó a ese hijo. Probablemente se ahorró las angustias y las molestias del adulterio. Ha llevado la vida que llevan miles de mujeres y se siente orgullosa, ¿comprendes? Se hallaba en la situación de joven burguesa esposa y madre y no ha hecho nada por salir de ella. Se jacta de no haber hecho esto o aquello y no de haber realizado algo.

—No tiene mucho sentido lo que dices —observó mi padre.

—Es un espejuelo —grité—. Una se dice después: «He cumplido con mi deber» porque no ha hecho nada. Si, nacida en su ambiente, se hubiese convertido en una mujer de la calle, sí que habría tenido mérito.

—Repites cosas que están de moda pero que son insustanciales —dijo Anne.

Puede que fuera cierto. Pensaba lo que decía, pero era verdad que lo había oído decir. Con todo, mi vida y la de mi padre corroboraban esa teoría y Anne me humillaba despreciándola. Se puede estar tan apegado a nimiedades como a otras

cosas. Pero Anne no me consideraba un ser pensante. Me parecía urgente, primordial, abrirle los ojos cuanto antes. No esperaba que se me brindara tan pronto la ocasión de ello ni que supiera aprovecharla. Por lo demás, no me costaba admitir que al cabo de un mes tendría una opinión distinta sobre el particular, que mis convicciones no durarían. ¿Cómo podía ser un espíritu elevado?

Capítulo quinto

Y un buen día todo terminó. Una mañana mi padre decidió que aquella noche nos iríamos a jugar y a bailar a Cannes. Recuerdo la alegría de Elsa. En el clima familiar de los casinos pensaba recobrar su personalidad de mujer fatal un tanto atenuada por las quemaduras del sol y el casi aislamiento en que vivíamos. Contrariamente a mis previsiones, Anne no se puso a tales mundanidades. Incluso pareció hacerle bastante gracia la idea. No sin inquietud, al concluir la cena, subí a mi habitación a ponerme un vestido de noche, el único por lo demás que poseía. Lo había elegido mi padre; era una tela exótica, un poco demasiado exótica para mí, sin duda, pues mi padre, fuese por gusto o por costumbre, tendía a vestirme a lo mujer fatal. Me lo encontré abajo, deslumbrante con su esmoquin nuevo, y le eché los brazos al cuello.

—Eres el hombre más guapo que conozco.

—Después de Cyril —dijo sin creerlo—. Y yo no conozco ninguna muchacha más guapa que tú.

—Después de Elsa y de Anne —dije sin creérmelo yo tampoco.

—Ya que no están aquí y que se permiten hacernos esperar, ven a bailar con tu anciano padre y sus reumas.

Recobré la euforia que precedía a nuestras salidas. Realmente no tenía nada de anciano. Mientras bailábamos, respiré su perfume familiar, mezcla de colonia, calor y tabaco. Bailaba siguiendo el ritmo, con los ojos entornados y una sonrisa feliz, irreprimible como la mía, en la comisura de los labios.

—Tienes que enseñarme a bailar el bebop —dijo, olvidando su reuma.

Dejó de bailar para recibir con un murmullo maquinal y halagador la llegada de Elsa. Esta bajaba la escalera lentamente con su vestido verde, esgrimiendo una desenfadada sonrisa mundana, su sonrisa de casino. Había sacado el máximo partido de su pelo reseco y su piel quemada por el sol, pero el resultado era más meritorio que brillante. Por fortuna, no parecía reparar en ello.

—¿Nos vamos?

—Todavía no ha bajado Anne —dije.

—Ve a ver si está lista —me pidió mi padre—. Cuando lleguemos a Cannes, nos habrán dado las doce.

Subí la escalera enredándome con el vestido y llamé a la puerta de Anne. Me gritó que pasase. Me quedé suspensa en el umbral. Llevaba un vestido gris, de un gris extraordinario, casi blanco, al que se adhería la luz, como ciertas tonalidades del mar al amanecer. Aquella noche, parecía concentrar en su persona toda la seducción de la madurez.

—¡Magnífico! —exclamé—. ¡Qué vestido, Anne!

Sonrió en el espejo, como se sonríe a alguien de quien uno va a separarse.

—Ese gris es un acierto —dijo.

—El acierto eres «tú».

Me cogió de la oreja y me miró. Sus ojos eran de un azul oscuro. Los vi iluminarse y sonreír.

—Eres una chiquilla simpática, aunque a ratos te pones pesada.

Pasó ante mí sin comentar mi vestido, cosa que a un tiempo me alegró y me dolió. Bajó la escalera la primera y vi que mi padre salía a su encuentro. Se detuvo al pie de la escalera, alzando el rostro hacia ella, con el pie apoyado en el primer escalón. Elsa también la miraba bajar. Recuerdo exactamente aquella escena: en primer plano, delante de mí, la nuca dorada, los hombros perfectos de Anne; un poco más abajo, el rostro deslumbrado de mi padre, su mano tendida y, ya más lejos, la figura de Elsa.

—Anne —dijo mi padre—, estás maravillosa.

Ella le sonrió al pasar y cogió el abrigo.

—¿Nos encontramos allá? —dijo—. ¿Vienes conmigo, Cécile?

Me dejó conducir el coche. Estaba tan preciosa la carretera de noche que conduje lentamente. Anne no decía nada. Ni parecía reparar en el trompeteo enloquecido de la radio. Cuando en una curva nos adelantó el cabriolé de mi padre, ni pestañeó. Yo me sentía ya totalmente al margen del juego, ante un espectáculo en el que no podía intervenir.

En el casino, mi padre se las ingenió para que nos perdiéramos de vista. Recalé en el bar, con Elsa y un amigo suyo, un sudamericano medio borracho. Se dedicaba al teatro y, a pesar de su estado, su conversación resultaba interesante por la pasión que ponía en sus palabras. Pasé una hora agradable con él. Pero Elsa se aburría. Aunque conocía a un par de monstruos sagrados, no le interesaba la técnica teatral. Me preguntó bruscamente dónde estaba mi padre, como si yo pudiese saber algo, y luego se alejó. El sudamericano pareció lamentarlo un instante pero con otro *whisky* se animó. Yo no pensaba en nada, estaba en plena euforia, pues había participado por cortesía en sus libaciones. La cosa se puso aún más graciosa cuando se empeñó en bailar. Me veía obligada a aguantarlo y a apartar los pies para que no me pisara, lo que exigía no poca energía. Nos reíamos tanto que cuando Elsa me golpeó en el hombro y vi sus aires de Casandra, estuve a punto de mandarla al infierno.

—No los encuentro —dijo.

Tenía una expresión alterada. Se le había ido el maquillaje, dejándole la cara desnuda y ojerosa. Ofrecía un aspecto lamentable. De pronto me entró una gran indignación contra mi padre. Su descortesía era inconcebible.

—¡Ah!, ya sé dónde están —dije sonriendo, como si se tratase de algo muy natural que no debía inspirarle la menor inquietud—. Enseguida vuelvo.

El sudamericano, privado de mi apoyo, cayó en los brazos de Elsa, donde pareció

encontrarse a gusto. Pensé con tristeza que estaba más rellenita que yo y que no cabía reprochárselo. El casino era grande: lo recorrí dos veces sin resultado. Inspeccioné las terrazas y al final pensé en el coche.

Necesité un buen rato para dar con él en el aparcamiento. Estaban allí. Me acerqué por detrás y los divisé por el cristal del fondo. Vi sus perfiles muy próximos y muy graves, extrañamente hermosos a la luz de las farolas. Se miraban, debían de estar hablando en voz baja, veía moverse sus labios. Tenía ganas de irme, pero me acordé de Elsa y abrí la portezuela.

La mano de mi padre descansaba en el brazo de Anne. Apenas me miraron.

—¿Os lo pasáis bien? —pregunté cortésmente.

—¿Qué ocurre? —dijo mi padre con tono irritado—. ¿Qué haces tú aquí?

—¿Y vosotros? Elsa lleva buscándoos una hora.

Anne volvió la cabeza hacia mí, lentamente, como a su pesar:

—Regresamos. Dile que estaba cansada y que me ha acompañado tu padre. Cuando os hayáis divertido bastante, volvéis con mi coche.

Yo temblaba de indignación y no me salían las palabras.

—Cuando nos hayamos divertido bastante... Pero ¿no os dais cuenta? ¡Es repugnante!

—¿Qué es lo que es repugnante? —preguntó mi padre, sorprendido.

—Llevas a la playa a una chica de piel delicada y, cuando ves que se ha pelado toda, la dejas tirada. ¡Demasiado fácil! ¿Y ahora qué le digo yo a Elsa?

Anne se había vuelto hacia él, con expresión hastiada. Él le sonreía, sin hacerme caso. Exploté indignada:

—Le diré... le diré que mi padre ha encontrado a otra mujer con quien acostarse y que espere sentada, ¿de acuerdo?

La exclamación de mi padre y el bofetón de Anne fueron simultáneos. Saqué precipitadamente la cabeza de la portezuela. El bofetón me había hecho daño.

—Discúlpate —ordenó mi padre.

Permanecí inmóvil junto a la portezuela, mientras se me atropellaban mil pensamientos en la cabeza. Las actitudes nobles se me ocurren siempre demasiado tarde.

—Ven —dijo Anne.

No parecía amenazadora y me acerqué. Me puso la mano en la mejilla y me habló con dulzura, lentamente, como si fuese un poco tonta:

—No seas mala, lo siento mucho por Elsa. Pero tienes el suficiente tacto para arreglarlo todo lo mejor posible. Mañana hablaremos. ¿Te he hecho mucho daño?

—No, no —dije cortésmente.

Su súbita dulzura, mi arrebató anterior, me daban ganas de llorar. Los vi marcharse y me sentí completamente vacía. Mi único consuelo era el pensar en mi

propia delicadeza. Caminé lentamente hasta el casino, donde me encontré a Elsa y al sudamericano, asido a su brazo.

—Anne no se encontraba bien —dije con tono desenfadado—. La ha tenido que acompañar papá. ¿Vamos a tomar algo?

Elsa me miraba sin contestarme. Busqué un argumento convincente:

—Ha tenido náuseas, es horroroso, su vestido ha quedado hecho una lástima.

Tal pormenor se me antojaba de una autenticidad irrefutable, pero Elsa se echó a llorar, despacito, tristemente. La miré, sin saber qué hacer.

—Cécile —dijo—, oh, Cécile, éramos tan felices...

Redoblaban sus sollozos. El sudamericano se echó a llorar a su vez, repitiendo: «Éramos tan felices, tan felices». En aquel momento aborrecí a Anne y a mi padre. Habría hecho cualquier cosa por evitar las lágrimas de la pobre Elsa, que se le corriese el rímel, que sollozara el sudamericano.

—No está todo dicho, Elsa. Vámonos las dos a casa.

—Volveré a recoger mis maletas —sollozó—. Adiós, Cécile, nos llevábamos bien.

Nunca había hablado con ella de otra cosa que no fuese del tiempo o de modas, pero me pareció perder a una vieja amiga. Di media vuelta bruscamente y eché a correr hacia el coche.

Capítulo sexto

La mañana siguiente fue penosa, sin duda por los *whiskies* de la víspera. Me desperté atravesada en la cama, en la oscuridad, con la boca pastosa y el cuerpo desagradablemente empapado. A través de las rendijas del postigo se filtraba un rayo de sol por el que subían apretadas columnas de polvo. No tenía ganas ni de levantarme ni de quedarme en la cama. Me preguntaba si Elsa regresaría y qué caras pondrían Anne y mi padre aquella mañana. Me obligué a pensar en ellos para poder levantarme sin notar el esfuerzo. Por fin lo logré y pisé las frescas baldosas de la habitación, doliente y aturdida. El espejo me devolvía un inste reflejo, me apoyé en él: unos ojos dilatados, la boca hinchada, un rostro desconocido, el mío... ¿Serían esos labios, esas proporciones, esos odiosos y arbitrarios límites la causa de mi debilidad y cobardía? Y si estaba limitada, ¿por qué lo advertía de un modo tan evidente, tan contrario a mi manera de ser? Me complací detestándome, odiando aquel rostro de lobo, hundido y arrugado por la disipación. Me puse a repetir esa palabra, sordamente, mirándome a los ojos, y de pronto me vi sonreír. Valiente disipación, en efecto: unas miserables copas, un bofetón y unos sollozos. Me cepillé los dientes y bajé.

Mi padre y Anne estaban ya en la terraza, sentados muy juntos ante la bandeja del desayuno. Farfullé un vago saludo y me senté frente a ellos. No me atreví a mirarlos por pudor, hasta que su silencio me obligó a alzar la vista. Anne estaba ojerosa, única señal de su noche de amor. Ambos sonreían con cara de felicidad. Eso me impresionó: la felicidad siempre me ha parecido una ratificación, un triunfo.

—¿Has dormido bien? —preguntó mi padre.

—Regular —contesté—. Anoche bebí demasiado *whisky*.

Me serví una taza de café, lo probé y lo dejé de inmediato. Había en el silencio de ambos una especie de textura, de espera, que me hacía sentirme incómoda. Estaba demasiado cansada para aguantarlo mucho tiempo.

—¿Qué pasa? Ponéis cara de misterio.

Mi padre encendió un pitillo con gesto que pretendía aparentar tranquilidad. Anne me miraba, manifiestamente nerviosa por una vez.

—Me gustaría preguntarte algo —dijo por fin.

Me temí lo peor:

—¿Algún otro recado para Elsa?

Volvió la cara hacia mi padre:

—Tu padre y yo queremos casarnos.

La miré fijamente y luego miré a mi padre. Durante un minuto esperé de él una señal, un guiño, que me hubiera indignado y tranquilizado a un tiempo. Se miraba las manos. Pensé: «No es posible», pero sabía ya que era cierto.

—Es una idea estupenda —dije para ganar tiempo.

No me cabía en la cabeza: mi padre, tan obstinadamente opuesto al matrimonio, a cualquier tipo de vínculo, decidido en una noche... Aquello cambiaba por completo nuestra vida. Perdíamos la independencia. Vislumbré de pronto la vida que llevaríamos los tres, una vida equilibrada de pronto por la inteligencia, el refinamiento de Anne, esa vida que le envidiaba. Amigos inteligentes, sensibles, veladas felices, tranquilas... De repente, las cenas tumultuosas, los sudamericanos, las Elsas me parecieron despreciables. Me inundaba un sentimiento de superioridad, de orgullo.

—Es una idea estupenda de verdad —repetí, y les sonreí.

—Gatita mía, sabía que te alegrarías —dijo mi padre.

Estaba relajado, encantado. El rostro de Anne, transformado por las fatigas del amor, parecía más accesible, más tierno que nunca.

—Ven aquí, gatita —dijo mi padre.

Me tendió las manos y me atrajo hacia él, hacia ella. Estaba medio arrodillada ante ambos, me miraban con dulce emoción, me acariciaban la cabeza. Por mi parte, no dejaba de pensar que tal vez mi vida estaba dando un cambio, pero que para ellos yo no era en efecto más que un gato, un animalillo afectuoso. Los notaba por encima de mí, unidos por un pasado, un futuro, por vínculos que yo desconocía, que no tenían que ver conmigo. Voluntariamente cerré los ojos, apoyé la cabeza en sus rodillas, me reí con ellos, recobré mi papel. En definitiva, ¿no era feliz? Anne era perfecta, no le conocía la menor mezquindad. Me guiaría, me aliviaría la vida, me marcaría en cualquier circunstancia el buen camino. Pasaría a ser una persona cabal, y, conmigo, también mi padre.

Mi padre se levantó a buscar una botella de champaña, yo estaba asqueada. Se le veía feliz, que era lo principal, pero lo había visto tantas veces feliz a causa de una mujer...

—Sufría un poco por ti —dijo Anne.

—¿Por qué? —pregunté.

Oyéndola, me daba la impresión de que mi veto hubiera podido impedir el matrimonio de dos adultos.

—Temía que tuvieras miedo de mí —dijo, y se echó a reír.

Me eché a reír también porque efectivamente me inspiraba cierto miedo. Con ello quería decirme a la vez que lo sabía y que era inútil.

—¿No te parece ridículo este matrimonio de viejos?

—No sois viejos —dije con toda la convicción necesaria, porque mi padre regresaba bailando con una botella debajo del brazo.

Se sentó junto a Anne y le rodeó los hombros con el brazo. Ella hizo con su cuerpo un movimiento hacia él que me hizo bajar los ojos. Sin duda por eso se casaba

con él: por su risa, por ese brazo firme y reconfortante, por su vitalidad, su calor. Cuarenta años, el miedo a la soledad, quizá los últimos impulsos de los sentidos... Nunca había pensado en Anne como en una mujer, sino como en un ente abstracto: había visto en ella aplomo, elegancia, inteligencia, pero nunca sensualidad, debilidad... Comprendía que mi padre se sintiera ufano: la orgullosa, la indiferente Anne Larsen se casaba con él. ¿La quería, podría quererla durante mucho tiempo? ¿Podía yo distinguir ese cariño del que profesaba a Elsa? Cerré los ojos, embotada por el sol. Estábamos los tres en la terraza, llenos de reticencias, de temores secretos y de bienestar.

Elsa no apareció aquellos días. Una semana pasa muy rápido. Siete días felices, agradables, únicos. Trazábamos complicados planes para amueblar la casa, para establecer horarios. Mi padre y yo nos complacíamos en hacerlos ajustados y severos, con la inconsciencia de quienes no los han cumplido nunca. Además, ¿habíamos creído alguna vez en ellos? Acudir a comer a las doce y media todos los días en el mismo sitio, cenar en casa, no salir por la noche, ¿lo creía de veras posible mi padre? Sin embargo, enterraba alegremente la bohemia y ensalzaba el orden, la vida burguesa, elegante, organizada. Sin duda todo esto no era, tanto para él como para mí, sino castillos en el aire.

Conservé de aquella semana un recuerdo que hoy me complazco en explorar para probarme a mí misma. Anne se mostraba relajada, confiada, con gran dulzura, mi padre la quería. Los veía bajar por la mañana, apoyados el uno en el otro, riendo juntos, ojerosos, y me hubiera gustado, lo prometo, que aquello durase toda la vida. Al anochecer, solíamos bajar a tomar un aperitivo a una terraza frente al mar. Todo el mundo nos tomaba por una familia unida, normal, y yo, acostumbrada a salir sola con mi padre y a suscitar sonrisas, miradas de malicia o de compasión, disfrutaba recobrando un papel propio de mi edad. La boda debía celebrarse en París, a la vuelta de vacaciones.

El pobre Cyril había seguido, no sin cierto asombro, nuestras transformaciones internas. Pero este desenlace legal era de su agrado. Navegábamos juntos, nos besábamos cuando nos apetecía y, a veces, cuando apretaba su boca contra la mía, se me aparecía la cara de Anne, su cara suavemente marchita por la mañana, con esa suerte de lentitud, de feliz indolencia que confería el amor a sus gestos, y la envidiaba. Los besos se agotan, y sin duda si Cyril me hubiera querido menos, aquella semana me habría convertido en su amante.

A las seis, al regresar de las islas, Cyril arrastraba el barco hasta la arena. Caminábamos hacia la casa por el pinar y, para entrar en calor, inventábamos juegos de indios y carreras en las que me dejaba salir con ventaja. Regularmente me alcanzaba antes de llegar a casa, se abalanzaba sobre mí gritando victoria, me hacía rodar por la pinaza, me inmovilizaba, me besaba. Recuerdo todavía el sabor de

aquellos besos jadeantes, ineficaces, y el palpitar del corazón de Cyril contra el mío acompasado con el romper de las olas sobre la arena... Uno, dos, tres, cuatro latidos del corazón y el rumor tan suave sobre la arena, uno, dos, tres... uno: él recobraba el aliento, sus besos se tornaban precisos, estrechos, yo no dejaba de oír ya el ruido del mar, y en mis oídos sólo resonaban los pasos rápidos y reiterados de mi propia sangre.

Una noche nos separó la voz de Anne. Cyril estaba tumbado sobre mí, medio desnudos los dos a la luz llena de arbores y sombras del crepúsculo y comprendo que aquello pudo engañar a Anne. Pronunció mi nombre con tono seco.

Cyril se levantó de un salto, avergonzado, por supuesto. Yo me incorporé a mi vez, más lentamente, mirando a Anne. Esta se volvió hacia Cyril y le habló con suavidad, como si.

No lo viese:

—Espero no volver a verte —dijo. Cyril no contestó, se inclinó hacia mí y me besó en el hombro antes de alejarse. Ese gesto me sorprendió, me emocionó como si fuera un compromiso. Anne me miraba con la misma cara grave e indiferente, como si pensase en otra cosa. Aquello me irritó: si pensaba en otra cosa, mejor que no hablase tanto. Me dirigí hacia ella, aparentando, por mera cortesía, estar apurada. Me quitó maquinalmente una aguja de pino del cuello y pareció que empezaba a verme de verdad. La vi adoptar su hermosa máscara de desprecio, esa cara de hastío y desaprobación que la favorecía admirablemente y que me asustaba un tanto:

—Deberías saber que este tipo de distracciones acaba generalmente en la clínica. Me hablaba de pie, examinándome, y yo me sentía terriblemente molesta. Era de esas mujeres que pueden hablar, erguidas, sin moverse: a mí me hacía falta un sillón, tener un objeto en las manos, un cigarrillo, balancear una pierna, verla balancearse...

—Tampoco hay que exagerar —dije sonriendo—. No he hecho más que besar a Cyril, por eso no voy a ir a una clínica...

—Hazme el favor de no volver a verle —replicó, como dando por sentado que yo mentía—. No protestes: tienes diecisiete años, ahora soy un poco responsable de ti y no dejaré que echas a perder tu vida. Además, tienes trabajo y eso te tendrá ocupadas las tardes.

Me volvió la espalda y caminó hacia la casa con su andar indolente. La consternación me dejó clavada en el suelo. Anne pensaba lo que decía: recibiría mis argumentos, mis protestas de inocencia con esa forma de indiferencia peor que el desprecio, como si yo no existiese, como si fuese algo que había que doblegar y no yo, Cécile, a quien conocía de toda la vida, yo, en fin, a quien castigaba sin que pareciese dolerle. Mi única esperanza era mi padre. Reaccionaría como de costumbre: «¿Qué chico es ese, gatita? ¿Es guapo y sano, por lo menos? Ojo con los cabrones, hija». Tendría que reaccionar así, de lo contrario se acabarían mis vacaciones.

La cena transcurrió como una pesadilla. A Anne ni se le había pasado por la cabeza. Decirme: «No le diré nada a tu padre, no soy una delatora, pero debes prometerme que estudiarás». Ese tipo de cálculo no iba con ella. Me alegraba y se lo echaba en cara a un tiempo, porque ello me habría permitido despreciarla. Como siempre, evitó dar ese paso en falso y sólo después de la sopa pareció recordar el incidente.

—Me gustaría que le dieras un par de buenos consejos a tu hija, Raymond. Esta noche me la he encontrado en el pinar con Cyril, y parecían estar muy acaramelados.

Mi padre, pobrecillo, intentó tomárselo a broma:

—¿Qué me dices? ¿Y qué hacían?

—Nos besábamos —grité con vehemencia—. Anne se ha pensado que...

—No me he pensado nada —me cortó—. Pero creo que sería bueno que dejara de verlo durante algún tiempo y se dedicase a estudiar un poco de filosofía.

—Pobre niña... —dijo mi padre—. Al fin y al cabo, ese Cyril es un buen chico...

—También Cécile es una buena chica —dijo Anne—. Por eso sentiría muchísimo que le ocurriese un accidente. Y con la total libertad que tiene aquí, la compañía constante de ese chico y el ocio de que disfrutan, me parece inevitable. ¿A ti no?

Al oír ese «¿a ti no?», alcé los ojos y mi padre bajó los suyos, muy apurado:

—Seguramente tienes razón —dijo—. Sí, al fin y al cabo, deberías estudiar un poco, Cécile. No querrás repetir, supongo.

—¿A ti qué te parece? —contesté secamente.

Me miró y apartó los ojos de inmediato. Yo estaba desconcertada. Me daba cuenta de que la despreocupación es el único sentimiento que puede inspirar nuestra vida sin darnos argumentos para defendernos.

—Vamos —dijo Anne tomándome la mano por encima de la mesa—, vas a cambiar tu imagen de muchacha montaraz por la de buena colegiala, y sólo durante un mes. No es tan grave, ¿no?

Me miraba, me miraba sonriendo: planteada así, la discusión era sencilla. Aparté la mano suavemente:

—Sí —dije—, es grave.

Lo dije tan quedo que no me oyeron o no quisieron oírme. A la mañana siguiente, me tropecé con una frase de Bergson. Necesité unos minutos para comprenderla: «Por mucha heterogeneidad que podamos hallar en principio entre los hechos y la causa, y por más que medie una gran distancia entre una regla de conducta y una afirmación sobre el fondo de las cosas, el impulso de amar a la humanidad nos ha venido siempre de un contacto con el principio generador de la raza humana». Me repetí esa frase, primero lentamente para no ponerme nerviosa, y luego en voz alta. Hundí la cabeza entre las manos y la miré con atención. Por fin, la comprendí y me sentí tan fría, tan impotente como al leerla por primera vez. No podía seguir; miré las

líneas siguientes con la misma aplicación y buena voluntad, y de pronto algo se alzó en mí como una ráfaga de viento, me arrojó sobre la cama. Me acordé de Cyril, que me estaría esperando en la cala dorada, del suave balanceo del barco, del sabor de nuestros besos, y pensé en Anne. Pensé en ella con tal vehemencia que me senté en la cama, con el corazón palpitándome, y me dije que aquello era estúpido y monstruoso, que no era más que una niña mimada y perezosa y que no tenía derecho a pensar así. Y seguí cavilando a mi pesar: cavilando que Anne era funesta y peligrosa, y que había que apartarla de nuestro camino. Me acordaba del desayuno de hacía un momento, de que lo había pasado con los dientes apretados. Humillada, destrozada por el rencor, sentimiento que despreciaba, que me hacía sentirme ridícula... sí, eso era lo que le echaba en cara a Anne, que me impedía quererme a mí misma. Yo, hecha para la felicidad, la amabilidad, la despreocupación, penetraba por su culpa en un mundo de reproches, de mala conciencia en el que, demasiado inexperta para la introspección, me perdía yo misma. ¿Y qué me aportaba Anne? Sopesé su fuerza: había querido a mi padre, lo tenía, nos convertiría poco a poco en el marido y la hijastra de Anne Larsen. O sea, en dos personas civilizadas, bien educadas y felices. Porque nos haría ser felices. Veía claramente con qué facilidad nosotros, inestables, cederíamos al atractivo de las normas y de la responsabilidad. Era una mujer demasiado eficaz. Mi padre empezaba ya a distanciarse de mí. Esa expresión apurada, huidiza, que le había visto en la mesa me obsesionaba, me torturaba. Recordaba con ganas de llorar nuestras antiguas complicidades, nuestras risas cuando regresábamos de madrugada en coche por las calles blancas de París. Todo eso se había acabado. Ahora me tocaba a mí verme influida, remodelada y orientada por Anne. Ni siquiera sufriría: Anne obraría con inteligencia, ironía, dulzura, no sería capaz de resistirme. Transcurridos tres meses, no tendría ni ganas.

Era absolutamente necesario reaccionar, recobrar a mi padre y nuestra vida de antaño. Con qué encantos se me aparecían de repente los dos felices e incoherentes años que acababan de pasar, esos dos años de los que tan pronto había renegado el otro día... La libertad de pensar, y de mal pensar y de pensar poco, la libertad de elegir yo misma mi vida, de elegirme a mí misma. No puedo decir «de ser yo misma» puesto que no era más que un barro moldeable, pero sí la libertad de rechazar los moldes.

Sé que pueden achacarse complicados motivos a ese cambio, que pueden atribuírseme magníficos complejos: un amor incestuoso por mi padre o una animadversión malsana por Anne. Pero yo sé las verdaderas causas: fueron el calor, Bergson y Cyril, o al menos la ausencia de Cyril. Estuve cavilando toda la tarde al respecto, pasando por una serie de estados desagradables pero resultantes todos ellos del siguiente descubrimiento: estábamos a merced de Anne. No estaba acostumbrada a meditar, me ponía de malhumor. En la mesa, como por la mañana, no abrí la boca.

Mi padre se creyó obligado a bromear:

—Lo que más me gusta de la juventud es su vitalidad, su conversación...

Lo miré violentamente, con dureza. Era cierto que le gustaba la juventud, ¿y con quién había hablado yo sino con él? De todo habíamos hablado: del amor, de la muerte, de la música. Y ahora me abandonaba, me desarmaba él mismo. Le miré, pensando: «No me quieres ya como antes, me has traicionado» e intenté hacérselo entender sin hablar. Estaba desesperada. Me miró también, súbitamente alarmado, comprendiendo tal vez que aquello ya no era un juego y que peligraba nuestra armonía. Lo vi petrificarse en un gesto de interrogación. Anne se volvió hacia mí:

—Tienes mala cara, tengo remordimientos por hacerte trabajar.

No contesté, me aborrecía demasiado a mí misma por aquella especie de drama que ya no podía detener. Habíamos acabado de cenar. En la terraza, en el rectángulo luminoso proyectado por la mesa del comedor, vi la mano de Anne, una mano larga y viva, balancearse, encontrar la de mi padre. Pensé en Cyril, me hubiese gustado que me cogiese en sus brazos, en aquella terraza acribillada por las cigarras y la luna. Me hubiese gustado que alguien me acariciara, me consolara, me reconciliara conmigo misma. Mi padre y Anne callaban: tenían ante ellos una noche de amor, yo tenía a Bergson. Intenté llorar, compadecerme de mí misma; fue en vano. Ya sólo me compadecía de Anne, como si estuviese segura de vencerla.

Segunda parte

Capítulo primero

Me sorprende la nitidez de mis recuerdos a partir de aquel momento. Adquirí una conciencia más atenta de los demás, de mí misma. La espontaneidad y un egoísmo fácil habían sido siempre para mí un lujo natural. Me habían acompañado siempre. Y de repente aquellos pocos días me alteraron lo bastante como para obligarme a meditar, a poner atención en mi vivir. Sufría todos los horrores de la introspección sin, por ello, reconciliarme conmigo misma. «Ese sentimiento hacia Anne», pensaba, «es estúpido y miserable, y el deseo de apartarla de mi padre, feroz». Pero ¿por qué juzgarme así? Siendo sencillamente yo, no era libre de calibrar lo que ocurría. Por primera vez en mi vida ese «yo» parecía dividirse y el descubrimiento de semejante dualidad me sorprendía enormemente. Encontraba disculpas, me las murmuraba a mí misma, juzgándome sincera, y bruscamente surgía otro «yo» que tachaba de falsos mis propios argumentos, gritando que me engañaba a mí misma, por más que pareciesen de lo más verosímil. Pero, en realidad, ¿no era esa otra quien me engañaba? ¿No era esa lucidez el peor de los errores? Me debatía horas enteras en mi habitación para dilucidar si el temor y la hostilidad que me inspiraba Anne en aquel momento tenían razón de ser o yo no era más que una joven egoísta y mimada con ínfulas de falsa independencia.

Entretanto, iba adelgazando un poco más cada día, en la playa no hacía más que dormir y, durante las comidas, guardaba a mi pesar un tenso silencio que acababa incomodándoles. Miraba a Anne, la espiaba de continuo, pensaba a lo largo de la comida: «Ese gesto que le ha dirigido, ¿acaso no es amor, un amor como nunca volverá a inspirar mi padre? Y esa sonrisa hacia mí con un asomo de inquietud en los ojos, ¿cómo puedo echársela en cara?». Pero, de pronto, Anne decía: «Cuando regresemos a París, Raymond...». Entonces, la idea de que iba a compartir nuestra vida, a intervenir en ella, me sublevaba. Ya no veía en ella más que un ser hábil e indiferente. Pensaba: «Es fría, nosotros efusivos; es autoritaria, nosotros independientes; es indiferente, no le interesa la gente, a nosotros nos apasiona; es reservada, nosotros somos alegres. Nosotros dos somos de verdad los únicos que estamos vivos y ella va a deslizarse entre nosotros con su tranquilidad, va a acomodarse, a quitarnos poco a poco nuestro grato y despreocupado calor, a robarnos todo, como una hermosa serpiente». Me repetía: «Una hermosa serpiente... ¡una hermosa serpiente!». Ella me alcanzaba el pan y de repente yo, como si me despertara, me gritaba a mí misma: «¡Pero estás loca, si es Anne, la inteligente Anne, la que se ha ocupado de ti! La frialdad es su forma de vida, no puedes ver premeditación en ello; su indiferencia la protege de mil sórdidas insignificancias, es una garantía de nobleza». Una hermosa serpiente... Me sentía palidecer de vergüenza, le suplicaba en voz baja que me perdonase. A ratos, Anne sorprendía esas

miradas y la extrañeza, la incertidumbre ensombrecían su rostro, dejaban en suspenso sus frases. Buscaba instintivamente a mi padre con los ojos; él la miraba con admiración o deseo, sin comprender la causa de tal inquietud. Al final logré poco a poco que la atmósfera se tornase irrespirable, lo que me hacía aborrecerme a mí misma.

Mi padre sufría en la medida en que era capaz de sufrir. O sea, poco, porque estaba loco por Anne, loco de orgullo y de contento, y sólo vivía para eso. Un día, sin embargo, mientras yo dormitaba en la playa tras el baño matinal, se sentó a mi lado y me miró. Sentía su mirada clavada en mí. Iba a levantarme y a proponerle ir al agua con ese aire falsamente alegre que ya era habitual en mí, cuando me puso la mano en la cabeza y alzó la voz con tono lamentable:

—Anne, ven a ver a esta joven, se está quedando muy enclenque. Si el trabajo ha de sentarle así, mejor que lo deje.

Creía arreglarlo todo con eso y, sin duda, diez días atrás, lo habría arreglado. Pero mis complicaciones habían ido en aumento y las horas de trabajo no me molestaban ya, habida cuenta de que no había abierto un libro desde Bergson.

Anne se acercó. Permanecí tumbada boca abajo en la arena, atenta al ruido apagado de sus pasos. Se sentó al otro lado y murmuró:

—Lo cierto es que no le sienta bien. Y eso que le bastaría trabajar de verdad, en vez de dar vueltas por la habitación...

Me di la vuelta y los miré. ¿Cómo sabía que yo no trabajaba? Tal vez me había adivinado el pensamiento, la creía capaz de todo. La idea me asustó:

—No doy vueltas por la habitación —protesté.

—¿Echas de menos a ese chico? —preguntó mi padre.

¡No!

No era del todo cierto. Pero tampoco había tenido tiempo de pensar en Cyril.

—Pues tienes mal aspecto —afirmó severamente mi padre—. ¿No la ves, Anne? Si parece un pollo vaciado y asándose al sol.

—Vamos, Cécile —dijo Anne—, haz un esfuerzo. Trabaja un poco y come mucho. Ese examen es importante...

—Me trae sin cuidado mi examen —grité—, ¿comprendes?, sin cuidado.

La miré desesperadamente a la cara, para que se diese cuenta de que la cosa era mucho más grave que un examen. Necesitaba que ella me dijera: «Pues ¿qué te preocupa?», que me acosara a preguntas, que me obligara a contárselo todo. Y entonces, me convencería, decidiría lo que le diese la gana, pero así dejarían de invadirme tan amargos y deprimentes sentimientos. Me miraba atentamente, veía el azul de Prusia de sus ojos ensombrecidos por el esfuerzo de mirar con atención, por el reproche. Y comprendí que jamás se le ocurriría preguntarme, liberarme, porque semejante idea ni se le pasaría por la cabeza, porque pensaba que eso no se hacía. Y

también porque no me atribuía ninguno de esos pensamientos que me torturaban, y, si lo hacía, era con desprecio e indiferencia. ¡No se merecían otra cosa! Anne siempre otorgaba a las cosas su importancia justa. Por eso, nunca, nunca jamás podría tratar con ella.

Me dejé caer en la arena con violencia, apoyé la mejilla en la cálida suavidad de la playa, suspiré, temblé un poco. La mano de Anne, tranquila y segura, se posó en mi nuca, hasta que cesó mi temblor nervioso.

—No te compliques la vida —dijo—. Tú, que eras tan alegre y tan animada, con tan poca cabeza, te vuelves ahora cerebral y triste. No va contigo el personaje.

—Ya —dije—. Soy la clásica chiquilla inconsciente y sana, llena de alegría y estupidez.

—Ven a comer —dijo.

Mi padre, que aborrecía ese tipo de discusiones, se había alejado. Mientras caminábamos hacia la casa, me tomó la mano y la retuvo. La suya era una mano fuerte y reconfortante: me había secado las lágrimas cuando sufrí mis primeras penas de amor, había cogido la mía en los momentos de tranquilidad y de felicidad perfecta, la había apretado furtivamente en los momentos de complicidad y de risa desatada. Aquella mano en el volante, o con las llaves, por la noche, buscando en vano el agujero de la cerradura, aquella mano apoyada en el hombro de una mujer o con un cigarrillo, aquella mano no podía hacer ya nada por mí. La estreché con fuerza. Volviéndose hacia mí, me sonrió.

Capítulo segundo

Transcurrieron dos días: le daba mil vueltas a lo mismo, me agotaba. No podía liberarme de aquella obsesión: Anne iba a destrozarnos nuestra existencia. No intenté ver a Cyril. Me habría tranquilizado, me habría hecho disfrutar de algún momento de felicidad, y no me apetecía. Incluso hallaba cierta complacencia en plantearme cuestiones insolubles, en recordar los días pasados, en temer los venideros. Hacía mucho calor. Mi habitación estaba en la penumbra, los postigos cerrados, pero aun así el aire era insoportablemente pesado y húmedo. Me quedé en la cama, la cabeza echada hacia atrás, los ojos fijos en el techo, moviéndome apenas para encontrar un trozo de sábana fresca. No dormía. Ponía en el tocadiscos, instalado al pie de la cama, discos lentos, sin melodía, todo ritmo. Fumaba mucho, me encontraba decadente y eso me gustaba. Pero ese juego no bastaba para engañarme: me sentía triste, desorientada.

Una tarde llamó la asistenta a mi puerta y me advirtió con cara misteriosa que «había alguien abajo». Pensé de inmediato en Cyril, pero no era él. Era Elsa. Me estrechó las manos con efusión. La miré y me sorprendió su recompuesta belleza. Por fin se había puesto morena, con un color claro y regular, muy cuidado, y estaba pletórica de juventud.

—He venido por las maletas —dijo—. Juan me ha comprado algunos vestidos estos días, pero no son suficientes.

Me pregunté un instante quién era Juan pero lo dejé estar. Me gustaba volver a ver a Elsa: traía con ella un aire de mujer mantenida, de bares, de fiestas frívolas que me hacían evocar días felices. Le dije que me alegraba de verla y me aseguró que siempre nos habíamos llevado bien porque teníamos puntos en común. Disimulé un leve escalofrío y le propuse que subiese a mi habitación, lo que le evitaría encontrarse con mi padre y con Anne. Cuando le mencioné a mi padre, no pudo evitar un pequeño movimiento con la cabeza y pensé que a lo mejor seguía queriéndolo... a pesar de Juan y sus vestidos. Pensé también que, tres semanas antes, se me habría pasado por alto aquel gesto.

En mi habitación, se puso a hablarme con gran animación de la vida mundana y subyugante que había llevado en la costa. Yo notaba confusamente que me asaltaban curiosas ideas inspiradas en parte por su nuevo aspecto. Por fin, se interrumpió por su propia cuenta, tal vez por mi silencio, dio unos pasos por la habitación y, sin volverse, me preguntó con tono de despego si «Raymond era feliz». Me dio la impresión de haber dado en el blanco, y de inmediato comprendí por qué. De pronto, una multitud de proyectos bulló en mi cerebro, afloraron planes, me sentí sucumbir bajo el peso de mis argumentos. Con igual presteza, supe lo que había que decir:

—¡«Feliz» es mucho decir! Eso es lo que le hace creer Anne. Es muy hábil.

—Mucho —suspiró Elsa.

—Jamás adivinarías de lo que le ha convencido... Van a casarse...

Elsa se volvió hacia mí con cara horrorizada:

—¿A casarse? ¿Y Raymond quiere casarse?

—Sí, Raymond va a casarse.

Bruscamente, me entraron ganas de reír. Me temblaban las manos. Elsa parecía anonadada, como si le hubiera asestado un mazazo. No había que dejarla meditar y deducir que, al fin y al cabo, mi padre ya era mayor y no podía pasarse la vida con mujeres galantes. Me incliné hacia adelante y bajé de improviso la voz para impresionarla:

—Eso no debe ser, Elsa. Mi padre está sufriendo ya. Es algo que no es posible, y tú lo sabes.

—Sí —dijo.

Parecía fascinada, cosa que me daba ganas de reír y acrecentaba mis temblores.

—Te estaba esperando —proseguí—. Tú eres la única capaz de medirte con Anne. La única con suficiente clase.

Se echaba de ver que no deseaba otra cosa que creerme.

—Pero si se casa con ella será porque la quiere —objetó.

—Vamos, Elsa —dije suavemente—, si a quien quiere es a ti. No intentes hacerme creer que lo ignoras.

La vi parpadear y volver la cabeza para disimular la satisfacción, la esperanza que le infundían mis palabras. Yo actuaba en una especie de vértigo, intuyendo exactamente lo que había que decir.

—Como puedes imaginarte —dije—, le ha salido con el cuento del equilibrio conyugal del hogar, de la moral, y se lo ha metido en el bolsillo.

Me abrumaban mis palabras... Porque, en definitiva, lo que expresaba en aquel momento eran mis propios sentimientos, de un modo tosco y elemental sin duda, pero fiel a lo que yo pensaba.

—Como se celebre ese matrimonio, Elsa, nos destroza la vida a los tres. Hay que defender a mi padre, es un niño grande... Un niño grande...

Repetía «niño grande» con energía. Aquello me parecía un tanto melodramático pero ya los bonitos ojos verdes de Elsa se empañaban de compasión. Concluí como en un cántico:

—Ayúdame, Elsa. Te lo pido por ti, por mi padre y por vuestro mutuo amor.

Agregué para mis adentros: «... y por los chinitos».

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —preguntó Elsa—. Lo veo imposible.

—Si te parece imposible, déjalo —dije, con esa voz que llaman entrecortada.

—¡Menuda zorra! —murmuró Elsa.

—Es la palabra exacta —dije, y volví la cara yo también.

Elsa se iba animando a ojos vistas. Se la habían jugado, pero ahora vería esa intrigante de lo que era capaz ella, Elsa Mackenbourg. Y mi padre la quería, siempre lo había sabido. Ella misma no había podido olvidar junto a Juan la seducción de Raymond. Eso sí, ella no le hablaba del hogar, pero al menos no le aburría, no intentaba...

—Elsa —dije interrumpiéndola, porque ya no la soportaba—, vete a ver a Cyril de mi parte y le pides que te aloje. Ya se apañará con su madre. Dile que, mañana por la mañana, iré a verle. Discutiremos el asunto los tres. Elsa, estás defendiendo tu destino —agregué con pitorreo en el umbral de la puerta.

Elsa asintió gravemente, como si no tuviera por lo menos una docena de destinos, tantos como hombres que la mantendrían.

La miré alejarse al sol, con su andar contoneante. Le di una semana a mi padre para volver a desearla.

Eran las tres y media: en aquel momento estaría durmiendo en los brazos de Anne. Ella misma, colmada, rendida, tumbada al calor del placer, de la felicidad, se estaría abandonando al sueño... Me puse a trazar planes muy rápidamente sin detenerme un instante. Deambulaba por el cuarto sin interrupción, caminaba hasta la ventana, dirigía una mirada al mar perfectamente tranquilo, aplastado sobre la arena, volvía a la puerta, daba la vuelta. Calculaba, sopesaba, eliminaba sobre la marcha todas las objeciones. Nunca me había dado cuenta de la agilidad de la mente, de sus arranques. Me sentía peligrosamente hábil y a la oleada de asco que se había apoderado de mí, contra mí, nada más empezar a hablar con Anne, se sumaba un sentimiento de orgullo, de complicidad interior, de soledad.

Todo eso se vino abajo —¿hace falta decirlo?— a la hora del baño. Temblaba de remordimiento ante Anne, no sabía qué hacer para reparar mi falta. Le llevaba la bolsa, me precipitaba a tenderle el albornoz cuando salía del agua, la colmaba de atenciones, de palabras amables. Tan brusco cambio, tras mi silencio de los últimos días, no dejó de sorprenderla e incluso le gustó. Mi padre estaba encantado. Anne me daba las gracias con una sonrisa, me contestaba alegremente y yo me acordaba del «Menuda zorra». «Es la palabra exacta». ¿Cómo había podido decir semejante cosa y escuchar las tonterías de Elsa? Al día siguiente le aconsejaría que se marchase, confesándole que me había equivocado. Todo volvería a ser igual y, bien mirado, aprobaría ese examen. Seguro que tiene alguna utilidad el bachillerato.

—¿Verdad?

Le hablaba a Anne.

—¿Verdad que es útil el bachillerato?

Me miró y soltó una carcajada. La imité, feliz de verla tan contenta.

—Eres increíble —dijo.

Es cierto que era increíble, ¡sobre todo si hubiera sabido lo que había proyectado

hacer! ¡Me moría de ganas de contárselo para que viera hasta qué punto era increíble! «Imagínate que le hiciese representar una comedia a Elsa: ella fingiría estar enamorada de Cyril, viviría en su casa, los veríamos pasar en barco, nos los encontraríamos en el pinar, en la costa. Elsa se ha puesto otra vez muy guapa. Sí, bueno, no posee tu belleza pero es ese tipo de hembra despampanante que hace volverse a los hombres. Mi padre no lo habría soportado mucho tiempo: nunca ha consentido que una mujer guapa que ha sido suya se consuele tan deprisa y, por así decirlo, ante sus ojos. Sobre todo con un hombre más joven que él. Comprenderás, Anne, que la habría deseado enseguida, por más que te quiera, para tranquilizarse. Es muy vanidoso o muy poco seguro de sí mismo, como quieras. Elsa, bajo mis directrices, habría hecho todo lo necesario. Un día, mi padre te habría engañado y no habrías podido soportarlo, ¿a que no? No eres de esas mujeres que comparten a un hombre. Entonces te habrías marchado, que era lo que yo quería. Sí, es una estupidez, te había cogido manía por culpa de Bergson, del calor. Me imaginaba que... Es algo tan abstracto y ridículo que ni me atrevo a decírtelo. Por culpa de ese bachillerato habría podido hacerte romper con nosotros, a ti, la amiga de mi madre, nuestra amiga. Y, sin embargo, es útil el bachillerato, ¿verdad?».

—¿Verdad?

—¿Verdad qué? —dijo Anne—. ¿Que es útil el bachillerato?

—Sí —contesté.

Bien mirado, era preferible no decirle nada. Seguramente no lo habría entendido. Había cosas que Anne no entendía. Me zambullí en el agua en pos de mi padre, luché con él, reconquisté los placeres del juego, del agua, de la buena conciencia. Al día siguiente, me mudaría de habitación. Me instalaría en el desván con mis libros de texto. De todas maneras, no me llevaría a Bergson. ¡Tampoco había que exagerar! Dos buenas horas de trabajo, en la soledad, el esfuerzo silencioso, el olor a tinta, a papel. El éxito en octubre, la risa atónita de mi padre, la aprobación de Anne, el título. Sería inteligente, culta, un poco displicente, como Anne. A lo mejor tenía posibilidades intelectuales... ¿Acaso no había elaborado en cinco minutos un plan lógico, despreciable desde luego, pero lógico? ¡Y Elsa! Me la había ganado a través de la vanidad, del sentimiento, la había convencido en unos instantes, cuando venía sólo a recoger las maletas. Era curioso, además: había puesto la mira en Elsa, vislumbrado el punto débil y ajustado mis tiros antes de hablar. Por vez primera conocía ese placer extraordinario: calar a un ser, descubrirlo, sacarlo a la luz y, entonces, darle de lleno. Al igual que apretamos con precaución un resorte, había intentado encontrar a alguien y al punto el mecanismo se había puesto en marcha. ¡Tocado! Nunca había conocido tal cosa, era demasiado impulsiva. Si llegaba al corazón de una persona era por descuido. De pronto entreveía todo ese mecanismo de los reflejos humanos, todo ese poder del lenguaje... Lástima que fuese a través de la

mentira. Un día amaría a alguien apasionadamente y buscaría un camino hacia él, con precaución, con dulzura, temblándome la mano...

Capítulo tercero

A l día siguiente, al encaminarme a casa de Cyril, me sentía intelectualmente mucho menos segura de mí misma. Para celebrar mi curación, había bebido demasiado durante la cena y me puse más que alegre. Le expliqué a mi padre que había decidido hacer una licenciatura en letras, que me trataría con eruditos y que quería llegar a ser una persona famosa y cargante. Se vería obligado a desplegar todos los recursos de la publicidad y del escándalo para catapultarme. Intercambiamos ideas descabelladas, riéndonos a carcajadas. Anne se reía también pero menos ruidosamente, como con indulgencia. De cuando en cuando, no se reía en absoluto, ya que mis proyectos de lanzamiento rebasaban los límites de la literatura y de la mera decencia. Pero mi padre parecía tan manifiestamente feliz de que nos reencontrásemos a través de nuestras bromas estúpidas que no decía nada. Al final, me acostaron y me arrojaron. Les di vehementemente las gracias y les pregunté qué haría yo sin ellos. Mi padre no lo sabía en absoluto. Anne parecía tener una idea bastante feroz al respecto, pero cuando le supliqué que me lo dijese y se inclinó hacia mí, me quedé profundamente dormida. Por la noche, estuve enferma. El despertar fue de lo más espantoso. Con la mente confusa y el corazón vacilante, me encaminé hacia el pinar, sin prestar la menor atención al mar matinal y a las gaviotas enardecidas.

Me encontré a Cyril a la entrada del jardín. Se abalanzó hacia mí, me tomó en sus brazos, me estrechó violentamente contra él musitando frases confusas:

—Cariño, estaba muy inquieto... Hace tanto tiempo... No sabía nada de ti, si esa mujer te lo hacía pasar mal... No sabía que yo mismo pudiera ser tan desgraciado... Pasaba todas las tardes delante de la cala, una vez, dos veces... No creía que te quisiera tanto...

—Yo tampoco —dije.

A decir verdad, la cosa me sorprendía y me conmovía a un tiempo. Lamentaba estar tan mareada, no poder demostrarle mi emoción.

—Qué pálida estás —dijo—. De ahora en adelante, me ocuparé yo de ti, no dejaré que sigan maltratándote.

Reconocí la imaginación de Elsa. Pregunté a Cyril qué opinaba su madre.

—Se la he presentado como una amiga, una huérfana —dijo Cyril—. Además, Elsa es muy agradable. Me ha contado todo lo de esa mujer. Es curioso que sea capaz de tales intrigas, con esa cara tan distinguida y esa clase.

—Elsa ha exagerado mucho —murmuré débilmente—. Quería decirte precisamente que...

—Yo también tengo algo que decirte —me interrumpió Cyril—. Cécile, quiero casarme contigo.

Me invadió un instante de pánico. Había que hacer algo, decir algo. De no haber

sido por aquel espantoso mareo...

—Te quiero —decía Cyril con la boca pegada a mi pelo—. He mandado a paseo el derecho, me han ofrecido un trabajo interesante... un tío mío. Tengo veintiséis años, ya no soy ningún niño, estoy hablando en serio. ¿Qué me dices?

Busqué desesperadamente alguna frase equívoca que quedase bien. No quería casarme con él. Le quería pero no quería casarme con él. No quería casarme con nadie, estaba cansada.

—No es posible —balbucí—. Mi padre...

—De tu padre me encargo yo —dijo Cyril.

—Anne no querrá —dije—. Mantiene que todavía no soy adulta. Y si ella dice que no, mi padre dirá lo mismo. Estoy tan cansada, Cyril, estas emociones me dejan hecha polvo, sentémonos. Aquí llega Elsa.

Bajaba en batín, lozana y luminosa. Me sentí mustia y flaca. Tenían ambos un aspecto sano, resplandeciente y excitado que me dejaba aún más apagada. Elsa me hizo sentarme con mil deferencias, como si saliese de la cárcel.

—¿Cómo está Raymond? —preguntó—. ¿Sabe que he venido?

Esgrimía la sonrisa feliz de la mujer que ha perdonado y espera. No podía decirle, a ella, que mi padre la había olvidado, ni a él que no quería casarme. Cerré los ojos. Cyril fue a buscar café. Elsa hablaba por los codos, me consideraba a todas luces una persona muy sutil, tenía confianza en mí. El café era muy fuerte, muy aromático, y el sol me tonificó un poco.

—Por más que he buscado, no he encontrado solución —dijo Elsa.

—No la hay —dijo Cyril—. Está encaprichado, dominado. No hay nada que hacer.

—Sí —dije—. Hay una forma. No tenéis la menor imaginación.

Me halagaba verlos pendientes de mis palabras: ¡tenían diez años más que yo y no se les ocurría nada! Adopté un aire desenvuelto.

—Es cuestión de psicología —dije.

Hablé durante largo rato, explicándoles mi plan. Me presentaron las mismas objeciones que me planteara yo la víspera y experimenté un soberano placer rebatiéndolas. Resultaba gratuito, pero puse tanto empeño en convencerlos que acabé apasionándome yo misma. Les demostré que era posible. Sólo me quedaba por demostrarles que no había que hacerlo, pero no se me ocurrieron argumentos del mismo peso.

—No me gustan estos tejemanejes —dijo Cyril—. Pero si no hay otra manera de casarme contigo, los acepto.

—No es que sea culpa de Anne —objeté.

—Sabes muy bien que si se queda, te casarás con quien ella decida —dijo Elsa.

Tal vez era cierto. Me imaginé a Anne presentándome a un joven el día de mis

veinte años, licenciado también, con un brillante porvenir, inteligente, equilibrado y a buen seguro fiel. En cierto modo como Cyril, por lo demás. Me eché a reír.

—Por favor, no te rías —dijo Cyril—. Dime que te pondrás celosa cuando finja que quiero a Elsa. ¿Cómo se te ha podido ocurrir? ¿Me quieres?

Hablaba en voz baja. Elsa se había alejado discretamente. Miraba el rostro moreno, tenso, los ojos oscuros de Cyril. Me quería, lo que me producía una curiosa impresión. Miraba su boca, turgente de sangre, tan cercana... Ya no me sentía nada intelectual. Acercó un poco la cara hasta que nuestros labios se rozaron y reconocieron. Permanecí sentada con los ojos abiertos, su boca inmóvil pegada a la mía, una boca caliente y dura. Le recorrió un leve estremecimiento, se apoyó un poco más para atajarlo, luego sus labios se abrieron, su beso se animó, enseguida se tornó apremiante, hábil, demasiado hábil... Comprendí que estaba más dotada para besar a un chico al sol que para estudiar una carrera. Me desasí un poco, jadeante.

—Cécile, tenemos que vivir juntos. Representaré ese papel con Elsa.

Me pregunté si mis cálculos eran acertados. Yo era el alma, el director de aquella comedia. Siempre podría detenerla.

—Se te ocurren cada idea más rara —dijo Cyril con esa sonrisilla sesgada que le levantaba el labio y le ponía cara de bandido, de guapísimo bandido...

—Bésame —murmuré—, corre, bésame.

Y así puse en marcha la comedia. A mi pesar, por indolencia y curiosidad. A ratos, preferiría haberlo hecho voluntariamente con odio y violencia. Para poder ser yo la culpable, y no la pereza, el sol o los besos de Cyril.

Abandoné a los conspiradores al cabo de una hora, bastante apurada. Me quedaban para tranquilizarme numerosos argumentos: mi plan podía errar, o mi padre podía extremar su pasión por Anne hasta mantenerse fiel. Además, ni Cyril ni Elsa podían hacer nada sin mí. Ya encontraría un motivo para detener el juego, en el caso de que mi padre cayera en la trampa. Tenía su gracia intentarlo y comprobar si mis cálculos psicológicos resultaban ciertos o equivocados.

Y además, Cyril me quería, Cyril quería casarse conmigo: el pensar eso bastaba para mantenerme eufórica. Si podía esperar uno o dos años, lo que me costase hacerme adulta, aceptaría. Me veía ya viviendo con Cyril, durmiendo pegada a él, siempre juntos. Todos los domingos iríamos a comer con Anne y mi padre, matrimonio unido, y quizás incluso con la madre de Cyril, lo que contribuiría a crear un ambiente familiar durante la comida.

Me encontré con Anne en la terraza. Bajaba a la playa a reunirse con mi padre. Me recibió con la expresión irónica que se adopta con la gente que ha bebido la víspera. Le pregunté qué había estado a punto de decirme por la noche antes de que me durmiese, pero se negó riendo, alegando que me molestaría. Mi padre salía del agua, ancho y musculoso. Lo encontré soberbio. Me bañé con Anne, que nadaba

despacio, sacando la cabeza para no mojarse el pelo. Luego nos tumbamos boca abajo los tres juntos, yo entre ellos dos, silenciosos y tranquilos.

En ese momento asomó la embarcación por el extremo de la cala, con todas las velas desplegadas. Mi padre fue el primero que la vio:

—El bueno de Cyril no aguantaba más —dijo riendo—. ¿Qué, Anne, le perdonamos? En el fondo es un buen chico.

Alcé la cabeza, venteando el peligro.

—Pero ¿qué hace? —exclamó mi padre—. Si cruza la cala. ¡Anda!, pero si no va solo...

Anne había levantado la cabeza a su vez. El barco iba a pasar delante de nosotros, dejándonos atrás. Divisé la cara de Cyril y le supliqué para mis adentros que se fuera. La exclamación de mi padre me hizo sobresaltarme. Y eso que hacía dos minutos que la esperaba:

—Pero... ¡pero si es Elsa! ¿Qué hace ahí?

Se volvió hacia Anne:

—¡Esa chica es increíble! Seguro que ha pescado a ese pobre muchacho y se ha ganado a la anciana.

Pero Anne no le escuchaba. Me miraba. Mi mirada se cruzó con la suya y volví a pegar la cara a la arena, muerta de vergüenza. Acercó la mano y la posó en mi cuello:

—Mírame. ¿Estás enfadada conmigo?

Abrí los ojos: se inclinaba hacia mí con cara inquieta, casi de súplica. Por primera vez me miraba como un ser sensible y pensante, y eso el día en que... Exhalé un gemido, volví violentamente la cabeza hacia mi padre para zafarme de esa mano. Mi padre miraba el barco.

—Pobre niña mía —prosiguió la voz de Anne, muy queda—. Cécile, cariño, en cierto modo es culpa mía, quizá no tenía que haber sido tan intransigente... No quería hacerte daño, ¿me crees?

Me acariciaba el pelo y la nuca, cariñosamente. Yo no me movía. Tenía la misma sensación que cuando la arena se me escurría a los pies al retirarse una ola. Me invadía un deseo de derrota, de dulzura, y jamás otro sentimiento, ni la ira ni el deseo, se habían apoderado de mí con tal fuerza. Renunciar a la comedia, confiarle mi vida, ponerme en sus manos hasta el fin de mis días. Nunca había sentido una debilidad tan violenta y total. Cerré los ojos. Me dio la impresión de que mi corazón había dejado de latir.

Capítulo cuarto

La única reacción de mi padre había sido la sorpresa. La asistenta le explicó que Elsa había venido a recoger sus maletas y se había marchado enseguida. No sé por qué no le mencionó nuestra conversación. Era una lugareña, muy novelera, y supongo que debía de formarse una idea un tanto pintoresca de nuestra situación. Sobre todo con los cambios de habitación en los que había intervenido.

Y así, mi padre y Anne, presa de remordimientos, me prodigaron atenciones y una bondad que, insoportable al principio, no tardó en resultarme grata. A fin de cuentas, por más que fuera culpa mía, no me hacía demasiada gracia cruzarme de continuo con Cyril y Elsa cogidos del brazo, dando muestras expresivas de estar muy enamorados. Ya no podía ir en barco, pero podía ver pasar a Elsa, desmelenada por el viento como yo misma días atrás.

No tenía que esforzarme para adoptar una expresión impenetrable y falsamente indiferente cuando nos los tropezábamos. Porque nos los tropezábamos por todas partes: en el pinar, en el pueblo y en la carretera. Anne me lanzaba una mirada, me hablaba de otra cosa, apoyaba la mano en mi hombro para darme ánimos. ¿He dicho que era buena? No sé si su bondad era una forma refinada de su inteligencia o sencillamente de su indiferencia, pero tenía siempre para conmigo la palabra y el gesto adecuados, y si de veras hubiera tenido que sufrir, no habría podido contar con mejor apoyo.

Así, dejaba que las cosas siguieran su curso sin demasiada inquietud pues, como ya he dicho, mi padre no daba la menor muestra de sentir celos. Con ello me mostraba a las claras su cariño por Anne y me humillaba un tanto demostrándome también la inanidad de mis planes. Un día entrábamos en correos él y yo, cuando nos cruzamos con Elsa. Esta pareció no vernos y mi padre se volvió hacia ella como si de una desconocida se tratase, lanzando un pequeño silbido.

—Oye, Elsa está pero que muy guapa.

—El amor, que le sienta bien —dije.

—Pareces tomártelo mejor... —dijo mirándome sorprendido.

—Qué le vamos a hacer. Tienen la misma edad, era un poco la fatalidad.

—Si no llega a estar Anne, no hubiera habido fatalidad alguna...

Estaba furioso.

—A ver si te piensas que un niño me va a robar a mí una mujer si yo no quiero...

—También interviene la edad —dije muy seria.

Se encogió de hombros. A la vuelta, lo vi preocupado: tal vez pensaba que Elsa y Cyril eran jóvenes; y que al casarse con una mujer de su edad, dejaba de pertenecer a esa categoría de hombres sin fecha de nacimiento. Me invadió una involuntaria

sensación de triunfo. Cuando me fijé en Anne y vi sus arruguillas en la comisura de los ojos y el leve pliegue en la boca, me sentí mal. Pero resultaba tan fácil seguir mis impulsos y luego arrepentirme...

Transcurrió una semana. Cyril y Elsa, que ignoraban cómo iban las cosas, debían de esperarme cada día. No me atrevía a ir, me hubieran querido sacar más ideas y era lo último que me apetecía. Además, por las tardes subía a mi habitación, supuestamente para trabajar.

En realidad no hacía nada: había encontrado un libro de yoga y me dedicaba a él con gran convicción. A ratos me daban tremendos ataques de risa que tenía que sofocar para que no me oyese Anne, a quien le aseguraba que trabajaba sin parar. Jugaba un poco con ella a la enamorada frustrada que busca consuelo en la esperanza de ser un día toda una licenciada. Me daba la impresión de que me ganaba su estima con ello y a veces citaba a Kant en la mesa, lo que desesperaba visiblemente a mi padre.

Una tarde me había envuelto en toallas para dar una imagen más hindú, tenía apoyado el pie derecho en el muslo izquierdo y me miraba fijamente en el espejo, no con complacencia sino con vistas a alcanzar el estadio superior del yogui, cuando llamaron a la puerta. Supuse que era la asistenta y como estaba curada de espantos le grité que pasase.

Era Anne. Se quedó durante un segundo inmóvil en el umbral y sonrió:

—¿A qué juegas?

—Al yoga —dije—. Pero no es un juego, es una filosofía hindú.

Se acercó a la mesa y cogió mi libro. Empecé a inquietarme. Estaba abierto en la página cien y las otras páginas estaban llenas de anotaciones mías tales como «impracticable» o «agotador».

—Sí que eres concienzuda —dijo—. ¿Y qué ha sido de la famosa redacción sobre Pascal de la que tanto nos has hablado?

Era cierto que durante la comida había estado disertando sobre una frase de Pascal fingiendo haber meditado y trabajado sobre ella. No había escrito una palabra, por supuesto. Permanecí inmóvil. Anne me miró fijamente y comprendió:

—Que no trabajes y hagas la payasa delante del espejo es asunto tuyo —dijo—. Pero que luego te complazcas en mentirnos a tu padre y a mí, eso ya es intolerable. Ya me extrañaban a mí tus súbitas actividades intelectuales...

Salió y me quedé petrificada, embutida en mis toallas. No entendía que llamase a aquello «mentiras». Había hablado de Pascal porque me divertía hablar de él, había hablado de un trabajo para agradarle y, así por las buenas, me machacaba con su desprecio. Me había acostumbrado a su nueva actitud hacia mí, y la manera tranquila, humillante, de mostrarme su desprecio me sacó de mis casillas. Me quité el disfraz, me puse un pantalón, una camisa vieja y salí corriendo. Hacía un calor tórrido pero

corría impulsada por una especie de rabia, tanto más violenta cuanto que no estaba segura de no sentir vergüenza. Corrí hasta casa de Cyril, y me detuve en el umbral, sin resuello. Con el calor de la tarde, las casas parecen extrañamente profundas, silenciosas y recogidas en sus secretos. Subí hasta la habitación de Cyril. Me la había enseñado el día en que fuimos a ver a su madre. Abrí la puerta: dormía, tumbado de través en la cama, con la mejilla apoyada en el brazo. Lo miré un instante: por vez primera se me aparecía desamparado y enternecedor. Lo llamé en voz baja. Abrió los ojos y al verme se incorporó de inmediato:

—¿Tú? ¿Qué haces aquí?

Le indiqué que no levantase la voz. Si llegaba su madre y me encontraba en la habitación de su hijo, podría creer... y, además, quién no creería... Me entró pánico y me encaminé hacia la puerta.

—Pero ¿adónde vas? —gritó Cyril—. Ven... Cécile.

Me había cogido del brazo y me sujetaba riendo. Me volví hacia él y lo miré. Se puso pálido como debía de estarlo yo misma y me soltó la muñeca. Pero fue para cogerme al punto en sus brazos y arrastrarme. Yo pensaba confusamente: «Tenía que ocurrir, tenía que ocurrir». Luego comenzó la ronda del amor: el miedo de la mano del deseo, la ternura y la pasión, y ese brutal sufrimiento al que seguía, triunfante, el placer. Tuve la suerte —y Cyril la dulzura necesaria— de descubrirlo aquel mismo día.

Permanecí junto a él una hora, aturdida y sorprendida. Siempre había oído hablar del amor como de una cosa fácil. Yo misma había hablado de él con crudeza, con la ignorancia de mi edad, y me dio la impresión de que nunca más podría volver a hablar de él así, de ese modo indiferente y brutal. Cyril, tumbado junto a mí, hablaba de casarse conmigo, de tenerme a su lado toda la vida. Le inquietaba mi silencio. Me incorporé, lo miré y lo llamé «mi amante». Se acercó. Apoyé la boca en la vena que todavía latía en su cuello, murmuré «cariño mío, Cyril, cariño mío». No sé si era amor lo que sentía por él en aquel momento —siempre he sido inconstante y no quiero tenerme por lo que no soy— pero le amaba más que a mí misma, habría dado la vida por él. Me preguntó al marcharme si se lo reprochaba, y me eché a reír. ¡Reprocharle esa felicidad...!

Regresé lentamente hacia el pinar, rendida y embotada. Le había pedido a Cyril que no me acompañase, habría sido muy peligroso. Temía que pudieran leer en mi rostro las claras improntas del placer, las sombras bajo mis ojos, el relieve de mi boca, los temblores. Anne leía delante de la casa, tumbada en una hamaca. Tenía preparadas ya unas buenas mentiras para justificar mi ausencia, pero no me hizo preguntas, nunca las hacía. Así que me senté junto a ella en medio del silencio, recordando que estábamos peleadas. Permanecí inmóvil, con los ojos entreabiertos, atenta al ritmo de mi respiración, al temblor de mis dedos. De cuando en cuando, el

recuerdo del cuerpo de Cyril, el de ciertos instantes, me dejaba el corazón en suspenso.

Cogí un cigarrillo de la mesa y froté una cerilla en la caja. La cerilla se apagó. Encendí otra con precaución, ya que no hacía viento y era mi mano la que temblaba. Se apagó al instante contra mi cigarrillo. Rezongué y cogí una tercera. Y entonces, no sé por qué, esa cerilla cobró para mí una importancia vital. Tal vez porque Anne, súbitamente arrancada de su indiferencia, me miraba sin sonreír, con atención. En aquel momento desaparecieron el tiempo y el espacio, sólo quedaban aquella cerilla, mi dedo encima, la caja gris y la mirada de Anne. Mi corazón enloqueció, empezó a latir con violencia, crispé los dedos sobre la cerilla, esta se encendió y, mientras acercaba ávidamente la cara hacia ella, el cigarrillo la cegó y la apagó. Dejé caer la caja en el suelo y cerré los ojos. La mirada dura, interrogadora de Anne pesaba sobre mí. Supliqué algo a alguien, que cesase aquella espera. Las manos de Anne alzaron mi rostro y yo apreté los párpados para que no viera mi mirada. Notaba que se me escapaban lágrimas de agotamiento, de torpeza, de placer. Entonces Anne, como si renunciase a preguntarme nada, en un gesto de ignorancia, de apaciguamiento, deslizó las manos por mi cara y me relajó. Luego me puso un cigarrillo encendido en la boca y tornó a abismarse en la lectura de su libro.

He dado un sentido simbólico a ese gesto, he intentado darle uno. Pero hoy, cuando se me apaga una cerilla, revivo ese instante extraño, ese abismo entre mis gestos y yo, el peso de la mirada de Anne y ese vacío alrededor, esa intensidad del vacío...

Capítulo quinto

El incidente que acabo de mencionar no dejaría de tener sus consecuencias. Como ciertas personas muy comedidas en sus reacciones, muy seguras de sí mismas, Anne no soportaba las claudicaciones. Y aquel gesto suyo de ablandar tiernamente con sus manos mi cara era una para ella. Había adivinado algo, hubiera podido hacérmelo confesar y, en el último momento, se había dejado llevar por la compasión o la indiferencia. Porque tan difícil le resultaba ocuparse de mí, educarme, como admitir mis flaquezas. Lo único que la movía a desempeñar ese papel de tutora, de educadora, era el sentimiento del deber. Casándose con mi padre, tenía que hacerse cargo de mí. Yo hubiera preferido que aquella constante desaprobación, por llamarla así, respondiese al fastidio o a un sentimiento más superficial: el hábito habría acabado imponiéndose. Nos acostumbramos a los defectos de los demás cuando no nos creemos obligados a corregirlos. Al cabo de seis meses, tan sólo habría experimentado respecto a mí cansancio, un cansancio afectuoso. Era exactamente lo que yo necesitaba. Pero no lo experimentaría, porque se sentiría responsable de mí y, en cierto modo, lo sería, dado que yo era todavía profundamente maleable. Maleable y tozuda.

Por eso se lo reprochó a sí misma y me lo hizo notar. Pocos días después, durante la cena y hablando como siempre de aquellos insoportables deberes de vacaciones, se inició una discusión. Me mostré un poco descarada, mi propio padre se incomodó y al final Anne me encerró con llave en mi habitación, todo ello sin alzar en ningún momento la voz. Yo no sabía que lo hubiera hecho y, como tenía sed, me encaminé hacia la puerta e intenté abrirla. Ofreció resistencia y comprendí que estaba cerrada. Jamás en la vida me habían encerrado: me entró pánico, auténtico pánico. Corrí a la ventana, no había modo de salir por allí. Me volví, visiblemente aterrada, me arrojé sobre la puerta y me hice mucho daño en el hombro. Intenté forzar la cerradura, con los dientes apretados. No quería gritar que vinieran a abrirme. Allí me dejé el cortaúñas. Entonces me quedé en medio del cuarto, de pie, con las manos vacías. Totalmente inmóvil, atenta a la especie de calma, de paz que ascendía en mí conforme se perfilaban mis pensamientos. Era mi primer contacto con la crueldad: la notaba anudarse en mí, apretarse al ritmo de mis pensamientos. Me tumbé en la cama y tracé minuciosamente un plan. Mi ferocidad guardaba tan poca proporción con su pretexto que me levanté dos o tres veces durante la tarde para salir de la habitación y me topé sorprendida con la puerta.

Mi padre vino a abrirme a las seis. Me levanté maquinalmente cuando entró en la estancia. Me miró sin decir nada y le sonreí, también maquinalmente.

—¿Quieres que hablemos? —preguntó mi padre.

—¿De qué? —contesté—. Te horroriza hacerlo y a mí también. Ese tipo de

explicaciones que no conducen a nada...

—Es cierto. —Parecía aliviado—. Tienes que ser amable con Anne, paciente.

Me sorprendió el término: yo, paciente con Anne... Invertía el problema. En el fondo consideraba que Anne era una mujer que él imponía a su hija. Y no al revés. Cabía acariciar esperanzas.

—He sido desagradable —dije—. Me disculparé con Anne.

—¿Eres... ejem... eres feliz?

—Pues claro —dije desenfadadamente—. Y si Anne y yo tenemos demasiadas agarradas, con casarme un poco antes ya está.

Sabía que esa solución no dejaría de dolerle.

—Eso está descartado... No eres Blancanieves... ¿Podrías dejarme tan pronto? Sólo habríamos vivido dos años juntos...

El pensar eso me resultaba tan insoportable como a él. Entreví el momento en que me pondría a llorar sobre su hombro, a hablar de la felicidad perdida y de sentimientos excesivos. No podía convertirlo en mi cómplice.

—Verás, exagero mucho. Anne y yo en el fondo nos llevamos bien. Con concesiones mutuas...

—Sí —dijo—, claro.

Debía de pensar como yo que las concesiones no serían probablemente recíprocas sino que saldrían tan sólo de mi persona.

—¿Sabes? —dije—, sé perfectamente que Anne siempre tiene razón. Su vida es mucho más completa que la nuestra, mucho más llena de sentido...

Hizo un involuntario gesto de protesta, pero lo ignoré:

—... De aquí a uno o dos meses, habré asimilado completamente las ideas de Anne. Se acabarán las discusiones estúpidas entre nosotras. Sólo es cosa de un poco de paciencia.

Me miraba, visiblemente desconcertado. Asustado también: perdía a una cómplice para sus futuras canas al aire, perdía también en cierto modo un pasado.

—No hay que exagerar —dijo débilmente—. Reconozco que te he hecho llevar una vida que quizá no correspondía con tu edad, ni... tal vez... con la mía, pero tampoco era una vida estúpida o desdichada... no. En el fondo no han sido dos años tan tristes o... cómo decirlo... desequilibrados. No hay que renegar de todo sólo porque Anne tenga un concepto un poco distinto de las cosas.

—Renegar no, pero sí renunciar —dije con convicción.

—Claro —dijo el pobre hombre; y bajamos.

Ofrecí mis disculpas a Anne sin el menor apuro. Me dijo que no tenía que dárselas y que si habíamos discutido había debido de ser por el calor. Me sentía indiferente y alegre.

Me reuní con Cyril en el pinar, según habíamos convenido. Le expliqué lo que

había que hacer. Luego me abrazó, pero era demasiado tarde y tenía que regresar. Me extrañó lo mucho que me costó separarme de él. Si había buscado vínculos para retenerme, los había encontrado. Mi cuerpo le reconocía, encajaba, llegaba a la plenitud contra el suyo. Le besé apasionadamente, quería hacerle daño, marcarlo para que no me olvidase ni un instante después de cenar, para que soñase conmigo por la noche. Porque la noche sería interminable sin él, sin él pegado a mí, sin su pericia, sin su súbita fogosidad y sus largas caricias.

Capítulo sexto

A la mañana siguiente me llevé a mi padre a dar un paseo por la carretera. Hablamos animadamente de cosas insignificantes. Al regresar a casa, le propuse que volviéramos por el pinar. Eran las diez y media en punto, mi reloj iba bien. Mi padre caminaba delante, pues el camino estaba lleno de zarzas que él iba apartando para que no me arañara las piernas. Cuando lo vi detenerse, comprendí que los había visto y me acerqué. Cyril y Elsa dormían, tumbados en la pinaza, brindando una imagen idílica de la felicidad campestre. Todo había sido recomendación mía, pero cuando los vi así, sentí como una puñalada. El amor que sentía Elsa por mi padre, el que sentía Cyril por mí, ¿podían impedir que ofrecieran ambos una imagen tan afín de belleza, de juventud, de proximidad?... Observé a mi padre. Los miraba sin moverse, con una fijeza, una palidez anormales. Lo cogí del brazo:

—No los despertemos, vámonos.

Lanzó una última mirada a Elsa. Elsa tumbada boca arriba exhibiendo su joven belleza, tostada y pelirroja, con una leve sonrisa flotando en los labios, la de la joven ninfa, por fin desquitada... Mi padre se dio media vuelta y arrancó a andar a zancadas.

—¡Será zorra —murmuraba—, será zorra!

—¿Por qué dices eso? Es libre, ¿no?

—¡No es eso! ¿Te ha hecho gracia ver a Cyril en sus brazos?

—Ya no le quiero —dije.

—¡Tampoco yo quiero a Elsa! —gritó furioso—. Pero aun así me molesta. Claro, que yo había... eh... vivido con ella. Es mucho peor...

¡Desde luego que era mucho peor! Le habían debido de entrar las mismas ganas que a mí: abalanzarse, separarlos, recuperar lo suyo, lo que había sido suyo.

—¡Si te oyera Anne...!

—Si me oyera Anne, ¿qué?... Evidentemente no lo entendería, o le escandalizaría, es lógico. ¿Pero tú? Tú eres mi hija, ¿no? ¿Ya no me comprendes? ¿También te escandaliza?

¡Qué fácil me resultaba dirigir sus pensamientos! Me aterraba un poco conocerlo tan bien.

—No me escandaliza —dije—. Pero en fin, hay que ver las cosas como son: Elsa olvida pronto y Cyril le gusta, la has perdido. Sobre todo después de lo que le hiciste, son cosas que no se perdonan...

—Si yo quisiera... —empezó a decir mi padre y se interrumpió, asustado.

—No conseguirías nada —dije con convicción, como si fuese natural discutir sus posibilidades de reconquistar a Elsa.

—Tampoco me lo planteo —contestó, recobrando el sentido común.

—Por supuesto —dije encogiéndome de hombros.

Ese gesto significaba: «Imposible, muchacho, ya has pasado a la reserva». No abrió la boca hasta llegar a casa. Al volver, abrazó a Anne y la tuvo apretada unos instantes, con los ojos cerrados. Anne le dejó hacer, sonriente, sorprendida. Salí de la habitación y me apoyé en la pared del pasillo, temblorosa de vergüenza.

A las dos oí el ligero silbido de Cyril y bajé a la playa. Me hizo subir a la barca y enfiló mar adentro. El mar estaba vacío, a nadie se le ocurría salir con semejante sol. Ya lejos, arrió la vela y se volvió hacia mí. Apenas habíamos hablado.

—Esta mañana... —empezó a decir.

—Calla —dije—, calla, por favor.

Me tumbó suavemente en la lona. Estábamos empapados de sudor, escurridizos, torpes, urgidos por el deseo. El barco se balanceaba regularmente bajo nuestros cuerpos. Miré el sol que tenía justo encima. Y de pronto el susurro imperioso y tierno de Cyril... El sol se descolgaba, estallaba, caía encima de mí... ¿Dónde estaba? En el fondo del mar, del tiempo, del placer... Llamé a Cyril en voz alta, no me contestó, no necesitaba contestarme.

Luego, el frescor del agua salada. Nos reíamos, deslumbrados, perezosos, agradecidos. Teníamos el sol y el mar, la risa y el amor. ¿Volveríamos a vivirlos alguna vez como en aquel verano, con aquel esplendor, aquella intensidad que les conferían el miedo y los demás remordimientos...?

Al margen del placer físico y muy real que me procuraba el amor, experimentaba una especie de placer intelectual pensando en él. Las palabras «hacer el amor» poseen una seducción propia, muy verbal, abstrayéndolas de su sentido. El término «hacer», material y positivo, unido a esa abstracción poética de la palabra «amor», me fascinaba. Había hablado de ello antes sin el menor pudor, sin el menor apuro, pero también sin percibir su encanto. De pronto notaba que me volvía púdica. Bajaba los ojos cuando mi padre miraba a Anne un poco fijamente, cuando ella se reía con esa nueva risita silenciosa, obscena, que nos hacía palidecer a mi padre y a mí y mirar por la ventana. Si le hubiéramos dicho a Anne que su risa era así, no nos habría creído. No se comportaba con mi padre como una amante, sino como una amiga, una amiga cariñosa. Pero por la noche, sin duda... Me prohibía a mí misma tener tales pensamientos, aborrecía las ideas equívocas.

Transcurrieron los días. Me olvidé un poco de Anne, de mi padre y de Elsa. El amor me hacía vivir con los ojos abiertos, en la luna, amable y tranquila. Cyril me preguntó si no me daba miedo tener un hijo. Le contesté que lo dejaba en sus manos y pareció encontrarlo natural. Tal vez por eso me había entregado tan fácilmente a él: porque no me dejaría ser responsable y, si tenía un hijo, el culpable sería él. Asumía lo que yo era incapaz de asumir: la responsabilidad. Además, me costaba tanto imaginarme embarazada, con mi cuerpo flaco y duro... Por una vez, me felicité de mi

anatomía de adolescente.

Pero Elsa se impacientaba. Constantemente me preguntaba. Me daba miedo que me sorprendieran con ella o con Cyril. Elsa se las ingeniaba siempre para que la viera mi padre, se lo cruzaba por todas partes. Se felicitaba entonces de imaginarias victorias, de los deseos reprimidos que, según ella, mi padre no podía disimular. A mí me sorprendía que aquella chica, tan cercana en definitiva por su profesión al amor venal, se volviese tan fantasiosa, se excitase tanto por detalles como una mirada, un gesto, acostumbrada como estaba a las precisiones de los hombres que van al grano. Cierto que no estaba habituada a desempeñar papeles sutiles y el que interpretaba debía de parecerle el sùmmum del refinamiento psicológico.

Si mi padre se obsesionaba poco a poco por Elsa, Anne no parecía reparar en ello. Se mostraba más cariñosa, más solícita que nunca y eso me asustaba, pues achacaba su actitud a inconscientes remordimientos. Lo principal era que no ocurriese nada durante las tres semanas siguientes. Luego regresaríamos a París, Elsa se iría por su lado y, si seguían decididos, mi padre y Anne se casarían. En París estaría Cyril y, al igual que no había podido impedir que lo amase aquí, Anne no podría evitar que lo viera. En París él tenía alquilada una habitación, lejos de su madre. Me imaginaba ya la ventana abierta a los cielos azules y rosas, a los extraordinarios cielos de París, el arrullo de las palomas en la baranda, Cyril y yo en la cama estrecha...

Capítulo séptimo

A los pocos días, mi padre recibió unas líneas de un amigo nuestro que le citaba en Saint-Raphaël a tomar el aperitivo. Se apresuró a comunicárnoslo, encantado de evadirse un poco de aquella soledad voluntaria y un tanto forzada en que vivíamos.

Anuncié, pues, a Elsa y a Cyril que estaríamos en el Bar du Soleil a la siete y que, si querían acudir, allí nos encontrarían. Por desgracia, Elsa conocía al amigo en cuestión, lo que acrecentó su deseo de acudir. Entreví complicaciones e intenté disuadirla, pero fue en vano.

—Charles Webb me adora —dijo con simplicidad infantil—. Cuando me vea, hará todo lo posible por conseguir que Raymond vuelva conmigo.

A Cyril le tenía sin cuidado ir a Saint-Raphaël. Lo principal para él era estar donde yo estuviera. Lo advertí en su mirada y no pude por menos de sentirme orgullosa.

Salimos en coche a eso de las seis de la tarde. Anne nos llevó en el suyo, que me encantaba: era un descapotable americano que cuadraba más con sus imperativos publicitarios que con sus gustos. Con los míos sí que cuadraba aquel coche lleno de objetos brillantes, silencioso y distante, que se inclinaba en las curvas. Además, íbamos los tres delante, y en ningún sitio como en un coche me sentía tan amiga de alguien. Los tres delante, con los codos un poco apretados, sometidos al mismo placer de la velocidad y del viento, acaso a una misma muerte. Conducía Anne, como para simbolizar la familia que íbamos a formar. No había vuelto a subir a un coche desde la fiesta de Cannes, lo que me dejó pensativa.

En el Bar du Soleil nos reunimos con Charles Webb y su mujer. Él se dedicaba a la publicidad teatral, su mujer a gastar el dinero que él ganaba. Lo hacía a una velocidad vertiginosa y con muchachos. Webb estaba totalmente obsesionado por la idea de quedarse a dos velas, lo que le hacía correr sin cesar tras el dinero. De ahí su aspecto inquieto, presuroso, que tenía algo de indecente. Había sido durante mucho tiempo amante de Elsa, pues esta no era, a pesar de su belleza, una mujer particularmente ambiciosa, y a Webb su indolencia sobre ese punto le gustaba.

Su mujer era mala. Anne no la conocía y vi al punto que su hermoso rostro adoptaba ese aire despectivo y burlón que le era habitual en sociedad. Charles Webb hablaba mucho, como de costumbre, al tiempo que lanzaba miradas inquisitivas a Anne. Se preguntaba a todas luces qué pintaba allí con el calavera de Raymond y su hija. Yo me sentía llena de orgullo pensando que no iba a tardar en saberlo. Mi padre se inclinó un poco hacia él en el momento en que recobraba el aliento y declaró de sopetón:

—Tengo que darte una noticia, muchacho. Anne y yo nos casamos el 5 de

octubre.

Webb los miró sucesivamente a ambos, con cara de pasmo. Yo no cabía en mí de gozo. Su mujer estaba desconcertada: siempre había tenido debilidad por mi padre.

—Enhorabuena —gritó por fin Webb con voz estentórea—. ¡Es una idea magnífica! Querida señora, cargar con semejante golfo es un acto sublime... ¡Camarero! Esto hay que celebrarlo.

Anne sonreía, desenvuelta y tranquila. De pronto vi que a Webb se le iluminaba la cara y no me volví:

—¡Elsa! Pero si es Elsa Mackenbourg. No me ha visto. ¿Te has fijado, Raymond, lo guapa que se ha puesto esa chica...?

—¿Verdad que sí? —dijo mi padre con voz de feliz propietario.

Luego se acordó y cambió de expresión.

Anne tenía que haber reparado en el tono de mi padre. Volvió la cara con un rápido movimiento, de él hacia mí. Cuando abría la boca para decir algo, me incliné hacia ella:

—Anne, tu elegancia está causando estragos. Ahí hay un hombre que no te quita ojo.

Lo dije con tono confidencial, o sea, lo bastante alto para que lo oyese mi padre, que se volvió de inmediato y divisó al hombre de marras.

—No me hace gracia —dijo, y cogió la mano de Anne.

—¡Qué encantadores! —se emocionó irónicamente la señora Webb—. Charles, no tenías que haber molestado a estos tortolitos. Tenías que haber invitado sólo a la niña.

—La niña no habría venido —contesté sin contemplaciones.

—¿Y por qué? ¿Tienes amores con algún pescador?

Me había visto una vez hablando con un cobrador de autobús sentada en un banco y desde entonces me trataba como a una desclasada, como lo que llamaba ella una «desclasada».

—Pues sí —dije, esforzándome en aparentar alegría.

—¿Y pescas mucho?

El colmo era que se creía graciosa. Poco a poco, empezaba a encendérseme la sangre.

—Lo mío no son los macarras^[1] —dije—, pero pesco.

Reinó un silencio. Se alzó la voz de Anne, siempre tan serena:

—Raymond, ¿quieres pedirle una paja al camarero para el zumo de naranja?

Charles Webb se apresuró a empalmar con el tema de las bebidas refrescantes. Mi padre se moría de risa, lo vi por su manera de concentrarse en el vaso. Anne me dirigió una mirada suplicante. Decidieron de inmediato que cenaríamos juntos, como personas que han estado a punto de pelearse.

Bebí mucho durante la cena. Necesitaba olvidar la expresión inquieta de Anne cuando miraba a mi padre, o vagamente agradecida cuando sus ojos se detenían en mí. Cada vez que la mujer de Webb me lanzaba una pulla, la miraba con una sonrisa radiante. Enseguida se puso agresiva. Anne me hacía señas de que no chistase. Le horrorizaban las escenas públicas y notaba que la señora Webb estaba dispuesta a montar una. Yo, en cambio, estaba acostumbrada, era cosa habitual en nuestro ambiente. Por eso no estaba absolutamente tensa oyéndola hablar.

Después de cenar, fuimos a una *boîte* de Saint-Raphaël. Al poco de llegar nosotros, aparecieron Elsa y Cyril. Elsa se detuvo en la puerta, habló con la mujer del guardarropa alzando mucho la voz y penetró en el local, seguida del pobre Cyril. Pensé que se comportaba más como una fulana que como una enamorada, pero era lo bastante guapa como para permitírselo.

—¿Quién es ese remilgado? —preguntó Charles Webb—. Es muy joven.

—El amor —susurró su mujer—. El amor, que le prueba bien...

—¡Imagínate! —dijo mi padre con violencia—. Un capricho y nada más.

Miré a Arme. Examinaba a Elsa con tranquilidad y despego, como miraría a las modelos que presentaban sus colecciones o a las mujeres muy jóvenes. Sin la menor acritud. Durante un instante la admiré apasionadamente por aquella ausencia de mezquindad, de celos. Por otra parte, no entendía que pudiera sentir celos de Elsa. Ella era cien veces más guapa y elegante que Elsa. Como estaba borracha, se lo dije. Me miró curiosamente.

—¿Que soy más guapa que Elsa? ¿Tú crees?

—¡Desde luego!

—Siempre es agradable. Pero estás bebiendo demasiado otra vez. Dame tu vaso. ¿No te da pena ver ahí a tu Cyril? Se está aburriendo.

—Es mi amante —dije alegremente.

—¿Estás completamente borracha? Menos mal que ya es hora de volver.

Nos separamos de los Webb con alivio. Me despedí de la mujer de Webb con un solemne «señora». Condujo mi padre. Yo recliné la cabeza en el hombro de Anne.

Pensé que la prefería a los Webb y a la mayoría de la gente que veíamos habitualmente. Que era mejor, más digna, más inteligente. Mi padre hablaba poco. Seguramente se acordaba de la aparición de Elsa.

—¿Duerme? —preguntó a Anne.

—Como una criatura. Se ha portado relativamente bien. Excepto la alusión a los macarras, que era un poco directa...

Mi padre se echó a reír. Hubo un silencio. Luego oí de nuevo la voz de mi padre.

—Anne, te quiero, sólo te quiero a ti. ¿Me crees?

—No me lo digas tanto, que me asusta...

—Dame la mano.

Estuve a punto de incorporarme y protestar: «No, que hay precipicios». Pero estaba un poco borracha, el perfume de Anne, el viento del mar en mi pelo, el pequeño arañazo que me había hecho Cyril mientras nos amábamos eran otras tantas razones para ser feliz y callarme. Me vencía el sueño. Mientras tanto, Elsa y el pobre Cyril estarían saliendo penosamente en la moto que le había regalado su madre por su cumpleaños. No sé por qué eso me emocionó y me entraron ganas de llorar. ¡Aquel coche era tan suave, tan cómodo, tan apropiado para el sueño...! Sueño que la señora Webb no podría conciliar en aquel momento. Seguramente, a su edad, yo también pagaría a jóvenes para que me amaran porque el amor era la cosa más dulce y más viva, más sensata. Y porque el precio poco importa. Lo que importa es no agriarse y tener celos. Como los que tenía ella de Elsa y de Anne. Me reí muy bajito. El hombro de Anne se ahuecó un poco más. «Duerme», dijo con firmeza. Y me dormí.

Capítulo octavo

A l día siguiente me desperté perfectamente bien, apenas cansada, aunque con la nuca un poco dolorida por los excesos. Como todas las mañanas, el sol inundaba mi cama. Aparté las sábanas, me quité la chaqueta del pijama y me tumbé al sol con la espalda desnuda. Pegada la mejilla al brazo doblado, veía en primer plano la rugosa superficie de la sábana y, más allá, en el suelo, las vacilaciones de una mosca. El sol era suave y cálido, me daba la impresión de que hacía aflorar mis huesos bajo la piel, de que ponía especial esmero en calentarme. Decidí pasar la mañana así, sin moverme.

La noche anterior se perfilaba poco a poco en mi memoria. Recordé haberle dicho a Anne que Cyril era mi amante y la cosa me dio risa: cuando has bebido, dices la verdad y nadie te cree. Me acordé también de la señora Webb y de mi altercado con ella. Conocía bien a ese tipo de mujeres: en ese ambiente y a esa edad, la inactividad y las ganas de vivir suele convertirlas en seres odiosos. El contraste con la serenidad de Anne me había hecho juzgarla mucho más pesada y cargante de lo habitual. Por lo demás, era previsible. Desde mi punto de vista, ninguna de las amigas de mi padre podía compararse con Anne. Para que las fiestas resultaran gratas con aquella gente, o había que haber bebido más de la cuenta y disfrutar peleándose con ellos, o mantener relaciones íntimas con uno u otro de los cónyuges. Para mi padre, la cosa era más fácil: tanto Charles Webb como él eran unos ligones. «¿A que no adivinas quién cena y se va a la cama conmigo esta noche? La joven Mars, la de la película de Saurel. Volvía de casa de Dupuis y...». Tras lo cual mi padre se reía y le palmeaba el hombro: «¡Dichoso tú! Es casi tan guapa como Elise». Conversación de colegiales. Lo que me gustaba de ellos era la excitación, el entusiasmo que ambos ponían. Incluso me gustaban, durante aquellas interminables noches en las terrazas de los cafés, las tristes confidencias de Lombard: «¡Sólo la quería a ella, Raymond! ¿Recuerdas aquella primavera, antes de que se marchase...? ¡Qué estupidez, dedicarle la vida a una mujer!». Tenía un aspecto indecente, humillante pero fervoroso el presenciar las confidencias de dos hombres ante un vaso de alcohol.

Los amigos de Anne no debían de hablar nunca de sí mismos. Sin duda desconocían esa índole de aventuras. O si hablaban de ellas, lo harían riéndose por pudor. Yo me sentía dispuesta a compartir con Anne esa condescendencia que debían de inspirarle nuestras amistades, esa condescendencia amable y contagiosa... Sin embargo, me veía a mí misma a los treinta años más parecida a nuestros amigos que a Anne. Su silencio, su indiferencia, su reserva terminarían ahogándome. Por el contrario, pasados quince años, cuando ya estuviera un poco hastiada, me buscaría a un hombre seductor que también lo estuviera un poco:

«Mi primer amante se llamaba Cyril. Yo tendría unos dieciocho años, hacía calor

en el mar...».

Me entretuve imaginando el rostro de aquel hombre. Tendría las mismas arrugillas que mi padre. Llamaron a la puerta. Me puse precipitadamente la chaqueta del pijama y grité: «¡Adelante!». Era Anne, que sostenía con precaución una taza.

—He pensado que te sentaría bien un poco de café... ¿Te encuentras muy mal?

—Perfectamente —dije—. Creo que anoche estaba un poco achispada.

—Como cada vez que te sacamos... —Se echó a reír—. Pero debo reconocer que me reí contigo... Era una noche muy pesada.

Yo había dejado de fijarme en el sol o en el sabor del café.

Cuando hablaba con Anne, su presencia me absorbía por completo, dejaba de sentirme existir, y eso que ella era la única persona que me ponía en entredicho y me obligaba a juzgarme a mí misma. Me hacía vivir momentos intensos y difíciles.

—¿Tú te lo pasas bien, Cécile, con gente como los Webb o los Dupuis?

—La mayoría me carga, pero estos son divertidos.

También ella miraba las evoluciones de la mosca por el sol. Pensé que la mosca debía de estar achacosa. Anne tenía los párpados largos y pesados, y le resultaba fácil mostrarse condescendiente.

—Es increíble hasta qué punto su conversación llega a ser monótona y..., ¿cómo decirlo?..., pesada. Esas historias de contratos, de mujeres, de fiestas, ¿no llegan a aburrirte?

—Verás —dije—, me he pasado diez años en un convento y el que esa gente no tenga principios me sigue fascinando...

No me atreví a añadir que me gustaba.

—Y han pasado dos años... —dijo Anne—. De todas formas, no es cosa de razonamiento ni de moral, sino de sensibilidad, de sexto sentido...

Yo no debía de tenerlo. Advertía claramente que algo me fallaba por ese lado.

—Anne —dije bruscamente—, ¿te parezco inteligente?

Se echó a reír, sorprendida por la brutalidad de la pregunta.

—¡Pues claro, mujer! ¿Por qué me lo preguntas?

—Si fuera tonta me contestarías lo mismo —suspiré—. Tantas veces me das esa impresión de estar por encima de mí...

—Son los años —dijo—. Aviada estaba si no tuviera un poco más de seguridad que tú. ¡Influirías en mí!

Soltó una carcajada y me dolió.

—Pues a lo mejor tampoco sería tan malo.

—Sería una catástrofe —dijo.

Abandonó bruscamente ese tono frívolo para mirarme a los ojos. Yo me moví, incómoda. Todavía no puedo soportar esa manía que tiene la gente de mirarte con fijeza cuando te habla o de acercarse mucho a ti para asegurarse de que les escuchas.

Cálculo equivocado por lo demás, porque cuando me veo en esa situación sólo pienso en escaparme, en retroceder, digo «sí, sí», multiplico las maniobras para cambiar de pie y huir al otro extremo de la habitación. Me sublevan su insistencia, su indiscreción, esas pretensiones de exclusividad. Anne, por fortuna, no se creía obligada a acapararme de esa manera, sino que se limitaba a no despegar los ojos de los míos, con lo que me costaba mantener ese tono distraído y desenvuelto que me gusta utilizar.

—¿Sabes cómo acaban los hombres como Webb?

«Y como mi padre», pensé para mí.

—En el arroyo —dije alegremente.

—Llega una edad en que ya no son seductores, ni están para muchos trotes, como suele decirse. No pueden beber y siguen pensando en las mujeres. Sólo que se ven obligados a pagarlas, a aceptar multitud de pequeños compromisos para escapar a la soledad. Se sienten burlados, infelices. Eligen ese momento para volverse sentimentales y exigentes... He visto a muchos convertirse en auténticas ruinas.

¡Pobre Webb!, dije.

Me dio un vuelco el corazón. ¡Tal era el final que le esperaba a mi padre, seguro! Al menos el final que le hubiera amenazado de no ser por Anne.

—A ti eso ni se te pasa por la cabeza —dijo Anne con una pequeña sonrisa de conmiseración—. No sueles pensar en el futuro, ¿verdad que no? Es el privilegio de la juventud.

—Por favor —dije—, no estés siempre echándome en cara mi juventud. La utilizo lo menos posible. No creo que me dé derecho a todos los privilegios y a que se me disculpe todo. Para mí no cuenta.

—¿Y qué cuenta para ti? ¿Tu tranquilidad, tu independencia?

—Nada —dije—. No pienso mucho, ¿sabes?

—Me irritáis un poco tu padre y tú. No pensáis nunca en nada... no servís para gran cosa... no sabéis... ¿Te gustas así?

—No. No me gusto, ni lo intento. Muchas veces me obligas a complicarme la vida y eso me molesta un poco de ti.

Se puso a tararear con aire pensativo. Me sonaba la canción pero no recordaba qué era.

—¿Qué canción es esa, Anne? Me pone nerviosa...

—No lo sé —sonrió de nuevo, con cierto desánimo—. Quédate en la cama y descansa. Proseguiré en otro sitio mi investigación sobre el intelecto de la familia.

«Claro», pensé, «con mi padre la cosa es fácil». Me parecía estar oyéndolo: «No pienso en nada porque te quiero, Anne». Por inteligente que fuese, a ella la razón debía de parecerle de primera. Me estiré cuidadosamente y hundí la cabeza en la almohada. Cavilé mucho, a pesar de lo que le había dicho a Anne. En el fondo, ella

dramatizaba, desde luego. Pasados veinticinco años, mi padre sería un amable sexagenario de pelo blanco, un poco propenso al *whisky* y a los recuerdos brillantes. Saldríamos. Yo le contaría mis calaveradas y él me daría consejos. Me di cuenta de que excluía a Anne de aquel futuro. No podía, no lograba incluirla en él. En aquel piso hecho una leonera, tan pronto desolado como lleno de flores, resonante de escenas y voces forasteras, regularmente atestado de maletas, el orden, el silencio, la armonía que siempre traía consigo Anne, mal podían aparecérseme como el máspreciado de los bienes. Me daba mucho miedo morirme de aburrimiento. Sin duda temía menos su influencia desde que amaba real y físicamente a Cyril. Aquello me había liberado de muchos miedos. Pero me asustaban el aburrimiento y sobre todo la tranquilidad. Mi padre y yo, para estar interiormente tranquilos, necesitábamos la agitación exterior. Y eso Anne era incapaz de admitirlo.

Capítulo noveno

Hablo mucho de Anne y de mí misma y poco de mi padre. Y no es que su papel no haya sido el más importante en esta historia, ni que no le conceda interés. Nunca he querido a nadie como a él y de todos los sentimientos que me animaban en aquella época, los que me inspiraba mi padre eran los más estables, los más profundos, los que más me importaban. Lo conozco demasiado y lo siento muy cercano para querer hablar de él. Sin embargo, debería hablar más de él que de nadie para que su conducta parezca aceptable. No era un hombre vano ni egoísta. Pero era frívolo, de una frivolidad sin remedio. Ni siquiera puedo hablar de él como de un hombre sin sentimientos, como de un irresponsable. El amor que me profesaba no podía tomarse a la ligera ni considerarse un simple hábito de padre. Podía sufrir por mí más que por cualquier otro ser. Y si yo misma me dejé llevar por la desesperación un día fue por aquel gesto de abandono que tuvo cuando me miró y desvió la mirada... Jamás anteponía sus pasiones a mí. Más de una noche debió de dejar escapar, por acompañarme a casa, lo que Webb llamaba «ocasiones magníficas». Pero que, al margen de eso, se entregara a su capricho, a la inconstancia y a la facilidad, no puedo negarlo. No se paraba a pensar. Intentaba dar a todas las cosas una explicación psicológica que declaraba racional: «¿Te encuentras espantosa? Pues duerme más y bebe menos». Lo mismo ocurría cuando alguna vez experimentaba un violento deseo por una mujer. No se le ocurría reprimirlo o sublimarlo en un sentimiento más complejo. Era materialista, pero delicado, comprensivo y muy bueno.

El deseo que le inspiraba Elsa le disgustaba, pero no como cabría creer. No pensaba: «Voy a engañar a Anne. Eso supone que la quiero menos», sino: «¡Qué lata desear así a Elsa! Habrá que despachar esto rápido, o tendré complicaciones con Anne». Además, quería a Anne, la admiraba, era totalmente distinta a aquella serie de mujeres frívolas y un poco tontas con las que había tenido trato los últimos años. Satisfacía a un tiempo su vanidad, su sensualidad y su sensibilidad, porque le comprendía, le brindaba su inteligencia y su experiencia para que las confrontase con las propias. Ahora, lo que dudo es que fuera consciente de la seriedad de los sentimientos de Anne hacia él. Le parecía la amante ideal, la madre ideal para mí. Pero ¿pensaba que era también la esposa ideal, con las obligaciones que ello conlleva? No lo creo. Estoy segura de que, a los ojos de Cyril y de Anne, era un ser anormal, como yo, en lo que a afectos se refiere. Lo que no le impedía llevar una vida apasionante, porque la consideraba trivial y le aportaba toda su vitalidad.

Ni pensé en él cuando tracé el plan de apartar a Anne de nuestras vidas. Sabía que se consolaría como se consolaba de todo: una ruptura le costaría menos que una vida ordenada. Lo único que le minaba y le consumía era el hábito y la rutina, como a mí. Éramos ambos de la misma raza. Tan pronto me daba la impresión de que era la

hermosa y pura raza de los nómadas, como la raza pobre y consumida de los vividores.

En aquel momento sufría, o cuando menos se exasperaba: Elsa se había convertido para él en el símbolo de la vida pasada, de la juventud, de su juventud más que nada. Me daba cuenta de que se moría de ganas de decirle a Anne: «Cariño, dame un día de libertad. Tengo que encontrarme con esa chica y comprobar que no soy un carcamal. Tengo que volver a conocer su cuerpo indolente para quedarme tranquilo». Pero no podía decírselo. No porque Anne fuese celosa o fundamentalmente virtuosa e intratable sobre ese punto, sino porque sin duda había aceptado vivir con él sobre las bases siguientes: que la era del libertinaje fácil se había acabado, que ya no era un colegial, sino un hombre a quien ella confiaba su vida, y que por consiguiente tenía que comportarse bien y no como un miserable, esclavo de sus caprichos. Nada cabía reprocharle a Anne, era un cálculo perfectamente sano y normal, pero ello no impedía que mi padre deseara a Elsa. Que la deseara paulatinamente más que cualquier otra cosa, con ese doble deseo que nos inspiran las cosas prohibidas.

Y sin duda, en aquel momento, yo podía arreglarlo todo. Me bastaba decirle a Elsa que cediera a los deseos de mi padre y, con un pretexto cualquiera, llevarme a Anne a Niza o a otro sitio a pasar la tarde. A la vuelta, habríamos encontrado a mi padre relajado y exultante en su devoción por los amores legales o que, al menos, se legalizarían al regresar a París. Pero había una cosa que Anne era incapaz de soportar: haber sido una amante como las demás, provisional. ¡Cómo nos complicaban la vida su dignidad y la estima en que se tenía a sí misma...!

Pero no pedí a Elsa que cediera ni a Anne que me acompañase a Niza. Quería que aquel deseo que anidaba en el corazón de mi padre se envenenara y le hiciera cometer un error. No podía soportar el desprecio que profesaba Anne a nuestra vida pasada, ese desdén tan absoluto hacia lo que había sido para mi padre y para mí la felicidad. No quería humillarla, sino hacerle aceptar nuestra visión de la vida. Tenía que saber que mi padre la había engañado y tomárselo objetivamente, como un antojo puramente físico, y no como algo que menoscababa su valor personal y su dignidad. Si a toda costa quería tener razón, tenía que dejar que nosotros nos equivocásemos.

Fingí incluso ignorar los tormentos de mi padre. Era imprescindible evitar que se franquease conmigo, que me obligase a ser su cómplice, a hablar con Elsa y alejar a Anne.

Tenía que fingir que tanto su amor por Anne como la propia Anne eran sagrados para mí. Y debo confesar que lo hice sin esfuerzo. La idea de que pudiese engañar a Anne y enfrentarse con ella me llenaba de terror y de vaga admiración.

Entretanto, los días transcurrían felizmente. Multipliqué las ocasiones de excitar a mi padre con Elsa. El rostro de Anne no me llenaba ya de remordimientos. A veces me imaginaba que aceptaría los hechos y que llevaríamos con ella una vida tan

conforme a nuestros gustos como a los suyos. Por otra parte, me veía a menudo con Cyril y nos amábamos a escondidas. El olor de los pinos, el rumor del mar, el contacto de su cuerpo... Empezaban a torturarme los remordimientos. El papel que yo le hacía representar le disgustaba cada vez más y sólo lo aceptaba porque yo le hacía creer que resultaba indispensable para nuestro amor. Todo ello suponía mucha doblez, muchos silencios interiores, ¡pero tan pocos esfuerzos y mentiras! Y, ya lo he dicho, sólo me juzgaba a mí misma por mis actos.

Paso rápido por ese período porque temo, si ahondo demasiado, revivir recuerdos que me abruman. Cuando pienso en la risa feliz de Anne, en su amabilidad conmigo, noto un doloroso golpe bajo y me enardezco contra mí misma. Me noto tan cerca de lo que la gente llama remordimiento de conciencia que me veo obligada a recurrir a gestos: encender un cigarrillo, poner un disco o telefonar a un amigo. Poco a poco, pienso en otra cosa. Pero no me gusta tener que recurrir a las deficiencias de mi memoria y a la levedad de mi ser en vez de combatirlos. No me gusta reconocerlos, ni aunque sea para felicitarme por ellos.

Capítulo décimo

Es curioso cómo se complace la fatalidad en elegir para encarnarla rostros indignos o mediocres. Aquel verano había adoptado el de Elsa. Un rostro hermoso, sí, o más bien atractivo. Tenía también una risa extraordinaria, comunicativa y plena, como sólo la tiene la gente un poco tonta.

Pronto descubrí los efectos de esa risa en mi padre y hacía que Elsa le sacase el máximo partido cada vez que teníamos que «sorprenderla» con Cyril. «Cuando me oigas llegar con mi padre», le decía, «no digas nada, sólo te ríes». Y entonces, al oír esa risa satisfecha, descubría que el rostro de mi padre se llenaba de ira. Me apasionaba ese papel de director de escena. No me fallaba nunca la jugada, porque cuando veíamos a Cyril y a Elsa juntos, revelando abiertamente vínculos imaginarios, pero totalmente imaginables, mi padre y yo palidecíamos a un tiempo, a ambos se nos iba la sangre del rostro, arrebatada por ese deseo de posesión que es peor que el dolor. Cyril, Cyril inclinado sobre Elsa... Esa imagen me destrozaba el corazón. Y, sin embargo, la creaba yo con él y con Elsa, sin calibrar su fuerza. Las palabras son fáciles, envolventes, y cuando veía el rostro de Cyril, su nuca morena y suave inclinada sobre el rostro incitante de Elsa, habría dado cualquier cosa por que eso no sucediera. Olvidaba que yo misma lo había querido.

Al margen de estos incidentes, y llenando la vida cotidiana, estaban la confianza, la dulzura —me cuesta emplear este término— y la felicidad de Anne. La veía, en efecto, más cerca de la felicidad que nunca, entregada a nosotros, los egoístas, muy ajena a nuestros deseos violentos y a mis despreciables enredos. Yo ya había contado con ello: su indiferencia y su orgullo le hacían rechazar instintivamente cualquier táctica para ganarse más a mi padre y, en rigor, toda coquetería que no fuese la de ser guapa, inteligente y cariñosa. Poco a poco me iba inspirando ternura. La ternura es un grato sentimiento que arrastra como la música militar. No se me puede hacer ningún reproche por ello.

Una mañana, la asistenta, muy excitada, me trajo un mensaje de Elsa que decía lo siguiente: «¡Todo se arregla, ven!». Me dio una impresión de cataclismo: aborrezco los desenlaces. Elsa me esperaba en la playa con expresión triunfante:

—¡Acabo de ver por fin a tu padre, hace una hora!

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que lamentaba muchísimo todo lo ocurrido. Que se había portado como un patán. Es verdad, ¿no?

Me creí obligada a asentir.

—Luego me ha llenado de cumplidos, como sólo él sabe hacerlo... Ya sabes, con ese tono un poco despreocupado, y con voz muy baja, como si le costase un esfuerzo... ese tono...

La arranqué de las delicias del idilio:

—Pero ¿qué quería?

—¡Pues, nada!... Bueno, sí, me ha invitado a tomar el té con él en el pueblo, para demostrarle que no soy rencorosa, que soy mujer amplia de espíritu, civilizada, vaya.

Las ideas de mi padre sobre las pelirrojas civilizadas me llenaron de gozo.

—¿Por qué te ríes? ¿Crees que debo ir?

A punto estuve de contestarle que no era cosa mía. Pero comprendí que me consideraba responsable del éxito de sus maniobras. Con razón o sin ella, la cosa me irritó.

Me sentía acosada:

—No lo sé, Elsa, eso depende de ti. No me estés preguntando siempre lo que tienes que hacer, cualquiera diría que te incito yo a...

—Pues claro que sí —dijo—, si ha sido gracias a ti, chica...

Su tono de admiración de pronto me asustó.

—Ve si quieres, pero no vuelvas a hablarme de nada de eso, por favor te lo pido.

—Pero... pero bien hay que librarle de esa mujer... Cécile.

Huí. ¡Que mi padre hiciera lo que le diese la gana, y allá se las apañara Anne...! Además, yo tenía cita con Cyril. Me daba la impresión de que sólo el amor me liberaría del miedo opresivo que me embargaba.

Cyril me cogió en sus brazos, sin decir una palabra, y me llevó con él. A su lado todo pasaba a ser fácil, cargado de violencia, de placer. Un rato después, tumbada junto a él, pegada a aquel torso dorado, inundado de sudor, yo misma agotada, perdida como un naufrago, le dije que me aborrecía a mí misma. Se lo dije sonriendo, porque lo pensaba, pero sin dolor, con una especie de agradable resignación. No me tomó en serio.

—Tanto da. Te quiero lo bastante como para obligarte a opinar como yo. Te quiero, te quiero tanto...

El ritmo de aquella frase me persiguió durante toda la comida: «Te quiero, te quiero tanto». De ahí que, por más que me esfuerce, tenga un poco borrada esa comida. Anne llevaba un vestido malva como las sombras bajo sus ojos, como sus propios ojos. Mi padre se reía, aparentemente relajado: las cosas se arreglaban para él. A los postres, anunció que por la tarde tenía que hacer unos recados en el pueblo. Sonreí para mis adentros. Me sentía cansada y fatalista. Sólo me apetecía una cosa: bañarme.

A las cuatro bajé a la playa. Me encontré a mi padre en la terraza, cuando salía para el pueblo. No le dije nada. Ni tan sólo le recomendé prudencia.

El agua estaba agradable y tibia. Anne no apareció. Estaría trabajando en su colección, dibujando en su cuarto mientras mi padre flirteaba con Elsa. A las dos horas, como ya no calentaba el sol, subí a la terraza, me senté en una hamaca y abrí

un periódico.

Entonces apareció Anne. Venía del bosque. Corría, pero mal, torpemente, con los codos pegados al cuerpo. Me dio la impresión súbita, indecente, de que la que corría era una anciana, de que iba a caerse. Me quedé anonadada: Anne desapareció detrás de la casa, camino del garaje. Entonces comprendí bruscamente y eché a correr, yo también, para alcanzarla. Estaba ya en el coche, poniendo el contacto. Llegué corriendo y me abalancé sobre la portezuela.

—Anne —dije—, Anne, no te vayas, es un error, ha sido culpa mía, yo te explicaré...

No me escuchaba ni me miraba, se había inclinado para quitar el freno.

—¡Anne, te necesitamos!

Se incorporó, descompuesta. Estaba llorando. Entonces comprendí bruscamente que había dirigido mis ataques contra un ser vivo y no contra un ente. Había debido de ser una niña, un poco silenciosa sin duda, luego una adolescente y una mujer. Tenía cuarenta años, estaba sola, amaba a un hombre y esperaba ser feliz con él diez años, quizá veinte. Y yo... aquel rostro, aquel rostro era obra mía. Estaba paralizada, temblaba con todo mi cuerpo, pegada a la portezuela.

—No necesitáis a nadie —murmuró—, ni tú ni él.

Zumbaba el motor. Yo estaba desesperada, no podía irse así.

—Perdóname, te lo suplico...

—¿Que te perdone el qué?

Le rodaban las lágrimas por las mejillas. No parecía darse cuenta, con el rostro inmóvil.

—¡Pobre niña...!

Me acarició un instante la mejilla y arrancó. Vi desaparecer el coche al doblar la esquina de la casa. Me sentía perdida, extraviada... ¡Todo había ido tan rápido! Y su cara, aquella cara...

Oí pasos detrás de mí: era mi padre. Se había quitado el carmín de Elsa y se había cepillado la pinza del traje. Me volví y me arrojé sobre él:

—¡Cerdo, cerdo!

Prorrumpí en sollozos.

—Pero ¿qué sucede? ¿Es que Anne...? Cécile, contesta, Cécile...

Capítulo undécimo

No nos vimos hasta la cena, angustiados ambos de haber reconquistado tan bruscamente nuestra soledad. No teníamos hambre. Los dos sabíamos que era indispensable que Anne regresara a nuestro lado. Por mi parte, no podría soportar durante mucho tiempo el recuerdo del rostro deshecho que tenía antes de marchar, ni la idea de su dolor y de mi responsabilidad. Había olvidado mis pacientes enredos y mis elaborados planes. Me sentía completamente desquiciada y confundida y veía el mismo sentimiento en el rostro de mi padre.

—¿Crees —preguntó— que nos ha abandonado por mucho tiempo?

—Seguramente se ha ido a París.

—París... —murmuró mi padre, soñador.

—Puede que no la volvamos a ver...

Me miró, confundido, y me cogió la mano por encima de la mesa.

—Me odiarás con todas tus fuerzas. No sé lo que me ha dado. Al llegar al pinar, Elsa... Bueno, la he besado, Anne ha debido de llegar en ese momento y...

No le escuchaba. Los personajes de Elsa y mi padre abrazados a la sombra de los pinos se me antojaban vodevilescos y sin consistencia, no los veía. La única cosa viva y cruelmente viva de aquel día era el rostro de Anne, aquel rostro postrero, atenazado por el dolor, traicionado. Le cogí un cigarrillo a mi padre y lo encendí. Otra cosa que no toleraba Anne: que se fumase a mitad de comida. Sonreí a mi padre:

—Me hago perfecto cargo: no es culpa tuya... Un momento de locura, como suele decirse. Pero Anne tiene que perdonarnos, bueno, que perdonarte.

—¿Qué podemos hacer? —dijo.

Tenía muy mala cara y me dio lástima. Yo también me di lástima. ¿Por qué Anne nos abandonaba así y nos hacía sufrir, por un pecadillo en definitiva? ¿No tenía deberes para con nosotros?

—Vamos a escribirle —dije—, y a pedirle perdón.

—Es una idea genial —gritó mi padre.

Había encontrado por fin una manera de salir de aquella inactividad llena de remordimientos en la que nos debatíamos desde hacía tres horas.

Sin terminar de comer, apartamos el mantel y los cubiertos, mi padre fue a buscar una enorme lámpara, plumas, un tintero y papel y nos acomodamos uno frente a otro, casi sonrientes, pues estábamos convencidos de que aquel montaje propiciaría el regreso de Anne. Un murciélago vino a describir sedosas curvas ante la ventana. Mi padre inclinó la cabeza y comenzó a escribir.

No puedo recordar sin un insoportable sentimiento de irrisión y crueldad las cartas desbordantes de buenos sentimientos que le escribimos a Anne aquella noche. Ambos a la luz de la lámpara, como dos colegas aplicados y torpes, trabajando en

medio del silencio en esta redacción imposible: «Recobrar a Anne». Hicimos, no obstante, dos obras maestras del género, cuajadas de disculpas, de ternura y de arrepentimiento. Al terminar, estaba casi convencida de que Anne no podría negarse, de que la reconciliación era inminente. Me imaginaba ya la escena del perdón, llena de pudor y de humor... Tendría lugar en París, en nuestro salón, Anne entraría y...

Sonó el teléfono. Eran las diez. Intercambiamos una mirada, primero de sorpresa y luego llena de esperanza: era Anne, llamaba para decirnos que nos perdonaba, que regresaba. Mi padre se abalanzó hacia el aparato, gritó «diga» con voz jubilosa.

Luego ya no dijo más que «sí, sí» con voz imperceptible. Yo me levanté a mi vez, mientras me invadía el miedo. Miraba a mi padre que se pasaba la mano por la cara, con gesto maquinal. Al final, colgó suavemente y se volvió hacia mí.

—Ha tenido un accidente —dijo—. En la carretera de L'Esterel. Les ha costado dar con sus señas. Han telefoneado a París y les han dado nuestro número de aquí... —Hablaban maquinalmente, con el mismo tono, y no me atrevía a interrumpirle—. El accidente ha ocurrido en el sitio más peligroso. Parece ser que ya ha habido muchos allí. El coche ha caído desde una altura de cincuenta metros. Habría sido milagroso que se salvase...

Recuerdo el resto de la noche como una pesadilla. La carretera apareciendo iluminada por los faros, el rostro inmóvil de mi padre, la puerta de la clínica... Mi padre no quiso que yo viera a Anne... Esperaba sentada en la sala de espera y miraba una litografía en la que aparecía Venecia. No pensaba en nada. Una enfermera me contó que era el sexto accidente que ocurría en aquel lugar desde principios de verano. Mi padre no regresaba.

Entonces pensé que, con su muerte, Anne se manifestaba —una vez más— distinta de nosotros. Si mi padre y yo nos hubiéramos suicidado —suponiendo que hubiéramos tenido valor para ello—, nos habríamos disparado un tiro en la cabeza, dejando una nota aclaratoria con el fin de que los responsables no volviesen a pegar ojo en la vida. Pero Anne nos había hecho el suntuoso regalo de dejarnos una enorme posibilidad de creer en el accidente: un lugar peligroso, la inestabilidad del coche... Un regalo que, por debilidad, no tardaríamos en aceptar. Y además, si hablo ahora de suicidio, no deja de ser fantasioso por mi parte. ¿Puede suicidarse alguien por ser como mi padre o como yo, seres que no necesitan a nadie, ni vivo ni muerto? Mi padre y yo, por lo demás, siempre hablamos de ello como de un accidente.

Al día siguiente, regresamos a casa a eso de las tres de la tarde. Elsa y Cyril nos esperaban sentados en la escalera. Se nos aparecieron como dos seres evanescentes y olvidados: ni uno ni otro habían conocido a Anne ni la habían querido. Estaban allí, con sus pequeños enredos amorosos y el doble atractivo de su belleza, su apuro. Cyril dio un paso hacia mí y posó la mano en mi brazo. Lo miré: nunca lo había querido. Lo había encontrado bueno y atractivo. Me había gustado el placer que me

proporcionaba. Pero no lo necesitaba. Me marcharía. Diría adiós a aquella casa, a aquel chico, a aquel verano. Mi padre estaba conmigo, me tomó del brazo y entramos en la casa.

En la casa estaban la chaqueta de Anne, sus flores, su perfume. Mi padre cerró los postigos, cogió una botella de la nevera y dos copas. Era el único remedio a nuestro alcance. Nuestras cartas de disculpa danzaban por la mesa. Las empujé con la mano y volaron sobre el parqué. Mi padre, que venía hacia mí con la copa llena, vaciló y evitó pisarlas. Todo aquello me parecía simbólico y de mal gusto. Cogí la copa y la apuré de un trago. La habitación estaba sumida en la penumbra, veía la sombra de mi padre ante la ventana. Las olas batían en la playa.

Capítulo duodécimo

El entierro se celebró en París con un hermoso sol, una multitud curiosa, vestidos de luto. Mi padre y yo estrechamos la mano a viejas parientas de Anne. Las miré con curiosidad: seguramente habrían venido a tomar el té a casa una vez al año. Todos miraban a mi padre con lástima... Webb debía de haber corrido la noticia de la boda. Vi a Cyril que me buscaba a la salida. Lo evité. El sentimiento de rencor que experimentaba hacia él era totalmente injustificado, pero superior a mis fuerzas... La gente a nuestro alrededor deploraba el estúpido y espantoso suceso y, como yo albergaba mis dudas sobre el carácter accidental de aquella muerte, sentía cierta satisfacción.

En el coche, a la vuelta, mi padre me cogió la mano y la apretó en la suya. Yo pensé: «Sólo me tienes a mí y yo sólo te tengo a ti, estamos solos y somos desgraciados», y, por primera vez, lloré. Eran lágrimas bastante agradables, no se parecían en nada a aquel vacío, aquel terrible vacío que sintiera en la clínica ante la litografía de Venecia. Mi padre me alargó el pañuelo, sin decir palabra, con la cara descompuesta.

Durante un mes vivimos ambos como un viudo y una huérfana, comiendo y cenando juntos, y sin salir jamás. Hablábamos un poco de Anne de cuando en cuando: «Recuerdas aquel día que...». Hablábamos de ella con precaución, sin mirarnos, por temor a lastimarnos o a que se disparase algo en alguno de nosotros que le llevase a pronunciar palabras irreparables. Tales prudencias y dulzuras recíprocas tuvieron su recompensa. Pronto pudimos hablar de Anne con un tono normal, como de un ser querido con quien hubiéramos sido felices y a quien Dios había llamado a su seno.

Escribo Dios en vez de azar. Pero no creíamos en Dios. Bastante suponía en tales circunstancias creer en el azar.

Hasta que un día, en casa de una amiga, conocí a un primo suyo que me gustó y a quien gusté. Salí con él durante una semana con la frecuencia y la imprudencia de los comienzos del amor, y mi padre, poco hecho para la soledad, hizo lo propio con una joven bastante ambiciosa. La vida volvió a ser como antes, como estaba previsto que volviera a ser. Cuando nos vemos, mi padre y yo nos reímos, hablamos de nuestras conquistas. Seguro que le consta que mis relaciones con Philippe no son platónicas, y a mí me consta que su nueva amiga le sale muy cara. Pero somos felices. El invierno toca a su fin, no alquilaremos la misma casa, sino otra, cerca de Juan-les-Pins.

Pero cuando estoy en la cama, al amanecer, sin más ruido que el tráfico de París, a veces me traiciona la memoria: vuelve el verano con todos sus recuerdos. ¡Anne, Anne! Repito ese nombre muy quedo y durante mucho rato en la oscuridad. Entonces algo sube por mi interior y lo recibo llamándolo por su nombre, con los ojos cerrados:

Buenos días, Tristeza.



FRANÇOISE SAGAN. Nació el 21 de junio de 1935 en Cajarc (Francia).

Su primera novela fue *Buenos días, tristeza* publicada en 1954, cuando Sagan tenía 19 años; consiguió el premio de la Crítica. La obra es el comienzo de un determinado estilo de literatura femenina. Fue llevada al cine en 1958 por Otto Preminger. Cécile fue interpretada por Jean Seberg. David Niven fue el padre y Deborah Kerr la amante.

A esta le siguieron otras (todas con el tema del amor, la tristeza y la melancolía en sus páginas) como: *Una cierta sonrisa* (1956), *Dentro de un mes, dentro de un año* (1957), *¿Le gusta Brahms?* (1959), y *Las maravillosas nubes* (1961).

Acusada de realizar una escritura fácil, artificiosa y monótona, consiguió explorar otros géneros literarios. Se estrenó en teatro con *Los violines a veces hacen estragos* (1961) y *El caballo desvanecido* (1966), y además escribió relatos históricos como *Querida Sarah Bernhardt* (1985) y una crónica autobiográfica titulada *Mis respuestas* (1984).

Sagan se sometió a curas de desintoxicación, sufrió un grave accidente de tráfico en 1957, se le desgarró la pleura durante un viaje por Colombia, en 1985, con su amigo, el presidente François Mitterrand, y apareció implicada en el juicio por el «caso Elf». Ganó una fortuna con la literatura, pero terminó condenada a un año de cárcel por eludir el pago de impuestos.

La autora pasó los últimos años de su vida muy enferma, y arruinada, hasta el punto de que tuvo que vender su casa y fue alojada por sus amigos en París. Se casó

dos veces y dos veces se divorció: con el editor Guy Schoeller y con Robert Westhoff, de quien tuvo un hijo, Denis.

Françoise Sagan falleció el 24 de septiembre de 2004 víctima de una embolia pulmonar en un hospital de Honfleur, al noroeste de Francia.

Notas

[1] Juego con el doble sentido de *maquereau*, que en francés significa «macarra» y «caballa». (N. del T.) <<